This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

OXFORD UNIVERSITY

ST. GILES', OXFORD OX1 3NA

R

C

Y

il

Con

zan

TRATADO
DE LA
ORACION,
Y MEDITACION.

Por el S. P. Fr. PEDRO DE ALCANTARA,
de la Orden de los Descalzos.

Con una instruccion para los que comienzan á servir á Dios: un Tratado de los Votos de los Religiosos; y otro de la Paz del Alma.

TOMO PRIMERO.

MDCCXLIX.

TABLA

De lo contenido en el primero Tomo.

CAPITULO I. DEL *fruto que ſe ſaca de la Oracion, y Meditacion.* fol. 1.

CAP. II. *De la materia de la Meditacion.* 13

Siete Meditaciones de la Semana. 18

El Lunes. ibid.

El Martes. 32

El Miercoles. 47

El Jueves. 59

El Viernes. 69

El Sabado. 80

El Domingo. 92

CAP. III. *Del tiempo, y fruto de las meditaciones ſuſo-*

dichas. 102

CAP. IV. *De las otras siete Meditaciones de la Sagrada Passion, y de la manera que avemos de tener en meditarla.* 106

El Lunes. 114
El Martes. 127
El Miercoles. 139
El Jueves. 152
El Viernes. 166
El Sabado. 182
El Domingo. 194

CAP. V. *De seis cosas que pueden intervenir en el exercicio de la oracion.* 207

CAP. VI. *De la preparacion que se requiere para antes de la Comunion.* 212

CAP. VII. *De la Leccion espi-*

ritual. 218
CAP. VIII. *De la Meditacion.* 221
CAP. IX. *Del Hacimiento de gracias.* 224
CAP. X. *Del ofrecimiento.* 230
CAP. XI. *De la penitencia.* 233
Peticion eſpiritual del amor de Dios. 242
CAP. XII. *De algunos aviſos que deben tener en eſte exercicio.* 254
Primero Aviſo. 256
Segundo Aviſo. 258
Tercero Aviſo. 260
Quarto Aviſo. 263
Quinto Aviſo. 267
Sexto Aviſo. 271
Septimo Aviſo. 275
Octavo Aviſo. 277

Fin de la Tabla del primero Tomo.

TRATADO

TRATADO
DE LA ORACION,
Y MEDITACION.

Del fruto que ſe ſaca de la Oracion, y Meditacion.

CAPITULO PRIMERO.

PORQUE eſte Tratado breve habla de la Oracion, y Meditacion, ſerà bien decir en pocas palabras el fruto que deſte ſanto exercicio ſe puede ſacar; por-

que con mas alegre corazon ſe ofrezcan los hombres à èl.

Notoria coſa es, que uno de los mayores impedimẽtos que el hombre tiene para alcãzar la ultima felicidad, y bienaventuranza, es la mala inclinacion de ſu corazon, la dificultad, y peſadũbre que tiene para bien obrar: porque à no eſtàr eſta de por medio, feliciſſima coſa le ſeria correr por el camino de las virtudes, y alcãzar el fin para que fue criado. Por lo qual dixo el Apoſtol: Huelgome con la Lei de Dios,

ſegun el hombre interior, pero ſiento otra lei, è inclinacion en mis miembros, que contradize à la lei de mi eſpiritu, y me lleva tras sì captivo à la lei del pecado. Eſta es, pues, la cauſa mas univerſal, que ay de todo nueſtro mal. Pues para quitar eſta peſadūbre, y dificultad, y facilitar eſte negocio, una de las coſas que mas aprovecha es la devoción. Porque como dice S. Thomas, no es otra coſa de devocion, ſino una promptitud, y ligereza para bien obrar, la qual deſpide de nueſtra

anima toda esta dificultad, y pesadũbre, y nos hace promptos, y ligeros para todo bien, porque es una refeccion espiritual, un refresco, y rocio del Cielo, un soplo, y aliento del Espiritu Santo, y un afecto sobrenatural, el qual de tal manera regala, esfuerza, y transforma el corazon del hombre, que le pone nuevo gusto, y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto, y aborrecimiento de las cosas sensuales, lo qual nos muestra la experiencia de cadadia; porque àl tiempo que una persona

eſpiritual ſale de alguna profunda, y devota oracion, alli ſe le renuevan todos los buenos propoſitos, alli ſon los fervores, y alli el deſeo grande de agradar, y amar à un Sr. tã bueno, y tã dulce como alli ſe le ha moſtrado, y de padecer nuevos trabajos, y aſperezas, y aun derramar ſu sãgre por èl; y finalmente reverdece, y ſe renueva la freſcura de nueſtra anima.

Y ſi me preguntas, por què medios ſe alcanzaſſe tan poderoſo, y tan noble afecto de devocion? A

esto reſponde el miſmo Doctor, diciendo, que por la Meditacion, y contemplacion de las coſas Divinas. Porque de la profunda Meditacion, y conſideracion dellas, redunda eſte afecto, y ſentimiento en la voluntad, que llamamos devocion, el qual nos incita, y mueve à todo bien: y por eſſo es tan alabado, y encomendado eſte ſanto, y religioſo exercicio de todos los Santos, porque es medio para alcanzar la devocion; la qual aunque no es mas de una ſola virtud, nos habilita, y

mueve à todas las otras virtudes, y es como un eſtimulo general para todas ellas; y ſi quieres vèr como eſto es verdad, mira quan abiertamente lo dice el glorioſo S. Buenaventura por eſtas palabras: Si quieres ſufrir con paciencia las adverſidades, y miſerias deſta vida, ſeas hombre de oracion. Si quieres alcãzar virtud, y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, ſeas hombre de oracion. Si quieres mortificar tu propria volũtad con todas ſus aficiones, y apetitos, ſeas hombre de ora-

cion. Si quieres conocer las aſtucias de Satanàs, y defẽderte de ſus engaños, ſeas hombre de oracion. Si quieres vivir alegremente, y caminar con ſuavidad por el camino de la penitencia, y del trabajo, ſeas hombre de oracion. Si quieres ojear de tu alma las moſcas importunas de los vanos penſamientos, y cuidados, ſeas hombre de oracion. Si quieres ſuſtentar con la groſſura de la devocion, y traerla ſiempre llena de buenos penſamientos, y deſeos, ſeas hombre de oracion. Si quieres fortalecer, y

confirmar tu corazon en el camino de Dios, ſeas hombre de oracion. Finalmente, ſi quieres deſarraigar de tu anima todos los vicios, y plantar en ſu lugar las virtudes, ſeas hombre de oracion, porque en ella ſe recibe la union, y gracia del Eſpiritu Santo, la qual enſeña todas las coſas. Y demàs deſto, ſi quieres ſubir à la alteza de la contemplacion, y gozar de los dulces abrazos del Eſpoſo, exercitate en la oracion, porque eſte es el camino por do ſube el anima à la contemplacion, y guſto de

las cosas celestiales. Vès; pues, de quanta virtud, y poder serà la oracion? Y para prueba de todo lo dicho (dexando à parte el testimonio de las Escripturas Divinas) esto basta aora por suficiente probanza, que avemos oido, y visto, y vemos cada dia menos personas simples, las quales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el exercicio de la oracion. Hasta aqui son las palabras de S. Buenaventura. Pues què tesoro, ni què tienda se puede hallar

mas rica, y mas llena que eſta? Oye tambien lo que dice à eſte propoſito otro mui Religioſo, y Santo Doctor, hablando de eſta virtud. En la oracion (dice èl) ſe limpia el anima de los pecados, apacientaſe la Caridad, certificaſe la Fè, fortaleceſe la Eſperãza, alegraſe el eſpiritu, derritenſe las entrañas, purificaſe el corazon, deſcubreſe la verdad, venceſe la tentacion, huye la triſteza, renuevanſe los ſentidos, reparaſe la virtud enflaquecida, deſpideſe la tibieza, conſumeſe el orin de los

vicios, y en ella no faltan centellas vivas de deſeos del Cielo, entre los quales arde la llama del Divino Amor. Grandes ſon las excelencias de la oracion, y grandes ſon los privilegios: à ella eſtàn abiertos los Cielos, à ella ſe deſcubren los ſecretos, y à ella eſtàn ſiempre atentos los oidos de Dios. Eſto baſta ahora, para que en alguna manera ſe vea el fruto deſte ſanto exercicio.

CAPITULO II.

De la materia de la Meditacion.

VISTO de quanto fruto ſea la oracion, y meditacion, veamos aora quales ſean las coſas que debemos meditar. A lo qual ſe reſponde, que por quanto eſte ſanto exercicio ſe ordena à criar en nueſtros corazones amor, y temor de Dios, y guarda de ſus Mandamientos: aquella ſerà mas conveniente materia deſte exercicio, que mas hiciere à eſte propo-

ſito. Y aunque ſea verdad, que todas las coſas criadas, y todas las eſpirituales, y ſagradas nos muevan à eſto; pero generalmente hablando, los Myſterios de nueſtra ſanta Fè (que ſe contienen en el Simbolo, que es el Credo) ſon los mas eficaces, y provechoſos para eſto, porque en èl ſe trata de los beneficios Divinos, del juicio final, de las penas del Infierno, y de la gracia de el Paraìſo, que ſon grandiſſimos eſtimulos para mover nueſtro corazon al amor, y temor de Dios: y en èl tambien

se trata la Vida, y Passion de Christo nuestro Redemptor, en la qual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Simbolo, y estas son las que mas ordinariamente rumiamos en la meditacion; por lo qual con mucha razon se dice que el Simbolo es la materia propriſſima deste exercicio; aunque tambien serà para cada uno, lo que mas moviere su corazon al amor, y temor de Dios.

Pues segun esto, para introducir à los nuevos, y principiantes en este ca-

mino (à los quales conviene dàr el manjar como digeſto, y maſticado) ſeñalarè aqui brevemente dos maneras de Meditaciones para todos los dias de la ſemana, unas para la noche, y otras para la mañana, ſacadas por la mayor parte de los Myſterios de nueſtra S. Fè; para que aſſi como damos à nueſtro cuerpo dos refecciones cada dia, aſſi tambien en las demàs al alma, cuyo paſto es la meditacion, y conſideracion de las coſas Divinas. Deſtas Meditaciones, las unas ſon los Myſ-

terios de la Sagrada Paſſion de Chriſto, y las otras de los Myſterios que ya diximos. Y quien no tuviere tiempo para recogerſe dos veces al dia, à lo menos podrà una ſemana meditar los unos Myſterios, y otra los otros, ò quedarſe con ſolos los de la Paſſion, y Vida de Jeſu Chriſto (que ſon los mas principales) aunque los otros no conviene que ſe dexen al principio de la converſion, porque ſon mas convenientes para eſte tiempo, donde principalmente ſe requiere temor de Dios, dolor, y

deteſtacion de los pecados.

Siguenſe las primeras ſiete Meditaciones para los ſiete dias de la ſemana.

EL LUNES.

ESTA dia podràs entender la memoria de los pecados, y en el merecimiento de ti miſmo, para que en lo uno veas quantos males tienes, y en lo otro, como ningũ bien tienes, que no ſea de Dios, que es el medio por do ſe alcanza la humildad, madre de to-

dàs las virtudes.

Para eſto debes primero penſar en la muchedumbre de los pecados de la vida paſſada, eſpecialmente en aquellos que hiciſte en el tiempo que menos conocias à Dios; porque ſi lo ſabes bien mirar, hallaràs que ſe han multiplicado ſobre los cabellos de tu cabeza, y que viviſte en aquel tiempo como un barbaro Gentil, que no ſaben que coſa es Dios. Diſcurre, pues, brevemente por todos los diez Mandamientos, y por los ſiete pecados mortales, y veràs,

que ninguno de ellos hai, en que no hayas caido muchas veces por obra, ò por palabra, ò por penſamiento.

Lo ſegundo, diſcurre por todos los benficios Divinos, y por los tiempos de la vida paſſada, y mira en que los has empleado, pues de todos ellos has de dar cuenta à Dios. Pues dime aora, en què gaſtaſte la niñez? En què la mocedad? En què la juventud? En què, finalmente, todos los dias de la vida paſſada? En què ocupaſte los ſentidos corporales, y las po-

tencias del alma, que Dios te diò para que le conocieſſes, y ſirvieſſes? En què ſe emplearon tus ojos, ſino en vèr la variedad? En que tus oidos, ſino en oir la mentira? Y en què tu lengua, ſino en mil mentiras de juramentos, y murmuraciones? Y en què tu guſto, tu oler, y tu tocar, ſino en regalos, y blanduras ſenſuales?

Como te aprovechaſte de los ſantos Sacramentos, que Dios ordenò para tu remedio? Como le diſte gracias por ſus beneficios? Como reſpondiſte à ſus in-

ſpiraciones? En què empleaſte la ſalud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes (que dicen de fortuna) y los aparejos, y oportunidades para bien vivir? Què cuidado tuviſte de tu proximo, que Dios te encomendò, y de aquellas obras de miſericordia que te ſeñalò para con èl? Pues què reſponderàs en aquel dia de la cuenta, quando Dios te diga: Dame cuenta de tu mayordomia, y de la hacienda que te entreguè, porque ya no quiero que trates mas con ella. O

arbol ſeco ; y aparejado para los tormentos eternos! Què reſponderàs en aquel dia, quando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos, y momentos della?

Lo tercero, pienſa en los pecados que has hecho, y haces cada dia, deſpùes que abriſte mas los ojos al conocimiento de Dios, y hallaràs que todavia vive en ti Adam con muchas de las raizes, y coſtumbres antiguas. Mira quan deſacatado eres para con Dios, quan ingrato à ſus beneficios, quan rebelde à ſus

inſpiraciones, quan perezoſo para las coſas de ſu ſervicio, las quales nunca haces, ni con aquella preſteza, y diligencia, ni con aquella pureza de intencion, que debias, ſino por otros reſpectos, è intereſſes del mundo.

Conſidera, otroſi, quan duro eres para con el proximo, y quan piadoſo para contigo, quan amigo de tu propria voluntad, y de tu carne, y de tu honra; y de todos tus intereſſes. Mira como todavia eres ſoberbio, ambicioſo, y airado, ſupito, vanaglorioſo, invidioſo,

invidioſo, malicioſo, regalado, mudable, liviano, ſenſual, amigo de tus recreaciones, y converſaciones, riſas y parlerias. Mira otroſi, quan inconſtante eres en los buenos propoſitos, quan inconſiderado en tus palabras, y quan deſprovcido en tus obras, y quan cobarde, y puſilanime para qualeſquier graves negocios.

Lo quarto, conſidera ya por eſte orden la muchedumbre de tus pecados, conſidera luego la gravedad dellos, para que veas como por todas par-

tes es crecida tu miseria. Para lo qual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida passada; conviene à saber, contra quien pecaste, porque pecaste, y en que manera pecaste. Si miras contra quien pecaste, hallaràs que pecaste contra Dios, cuya bondad, y Magestad es infinita, cuyos beneficios, y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar. Mas, por què causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un

cabello de interès, y muchas veces ſin interès, por ſola coſtumbre, y deſprecio de Dios. Mas, en què manera pecaſte? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan ſin eſcrupulo, tan ſin temor: y à veces con tanta facilidad, y contentamiento, como ſi pecaras contra un Dios de palo, que ni ſabe, ni vè lo que paſſa en el mundo. Pues eſta era la honra que ſe debiò à tan alta Mageſtad? Eſte el agradecimiento de tantos beneficios? Aſſi ſe paga aquella Sãgre precioſa, que derramò en

la Cruz, y aquellos azotes, y bofetadas, que ſe recibieron por ti? O miſerable de ti! Por lo que perdiſte, y mucho mas por lo que hiciſte, y mui mucho mas, ſi con todo eſſo no ſientes tu perdicion. Deſpues deſto es coſa de grandiſſimo provecho, detener un poco los ojos de la conſideracion en penſar tu nada, eſto es, como de tu parte no tienes otra coſa mas que nada, y pecado, y como todo lo demàs es de Dios; porque claro eſtà, que aſſi los bienes de naturaleza, como los de gra-

cia (que ſon los mayores) ſon todos ſuyos. Porque ſuya es la gracia de la predeſtinacion (que es la fuente de todas las otras gracias) y ſuya la gracia de la vocacion, y ſuya la gracia comitante, y ſuya la gracia de la perſeverancia, y ſuya la gracia de la vida eterna. Pues que tienes de que te puedas gloriar, ſino nada, y pecados? Repoſa, pues, un poco en la conſideracion de eſſa nada, y pon eſto ſolo, y todo lo demàs à la de Dios, para que clara, y palpablemente veas quien eres tu, y quien

es èl, quan pobre tu, y quan rico èl, y por el consiguiente, quan poco debes confiar en ti, y estimar à ti, y quanto confiar en èl, amar à èl, y gloriarte en èl.

Pues consideradas todas estas cosas arriba dichas, siente de ti lo mas baxamente que sea possible. Piensa que no es mas que una cañabera que se muda à todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad, y sin ninguna manera de sèr. Piensa que eres un Lazaro de quatro dias muerto, y un cuerpo

hediendo, y abominable, lleno de guſanos, que todos quantos paſſan ſe tapan las narizes y los ojos por no vèrlo. Parezcate que deſta manera hiedes delante de Dios, y de los Angelos, y tente por indigno de alzar los ojos al Cielo, y de que te ſuſtente la tierra, y de que te ſirvan las criaturas, y del miſmo pan que comes, y del aire que recibes.

Derribate con aquella publica pecadora, à los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confuſion, con aquella verguenza que

pareceria una muger delante de ſu marido, quãdo le huvieſſen hecho traicion, y con mucho dolor, y arrepentimiento de tu corazon, pidele perdon de tus yerros, y que por ſu infinita bondad, y miſericordia aya por bien de volverte à recibir en ſu caſa.

El Martes.

Este dia penſaràs en las miſerias de la vida humana, para que por ellas veas quã vana es la gloria del mundo, y quan digna de ſer

menoſpreciada, pues ſe funda ſobre tan flaco cimiento, como eſta tan miſerable vida. Y aunque los defectos miſerables deſta vida ſean caſi innumerables, tu puedes aora ſeñaladamente conſiderar eſtos ſiete.

Primeramente, conſidera, quan breve ſea eſta vida, pues el mas largo tiempo della es de ſetenta, ù ochenta años, porque todo lo demàs (ſi algo queda, como dice el Profeta) es trabajo, y dolor: y ſi de aqui ſe ſaca el tiempo de la niñez, que mas es vida

de beſtias, que de hombres; y el que ſe gaſta dormiendo, quando no uſamos de los ſentidos, ni de la razon (que nos hace hombres) hallarèmos aun ſer mas breve de lo que parece. Y ſi ſobre todo eſto lo comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerà un punto, por do veràs quan deſvariados ſon los que por gozar deſte ſoplo de vida tan breve, ſe ponen à perder el deſcanſo de aquella que para ſiẽpre ha de durar.

Lo ſegundo, conſiderar quan incierta ſea eſta vida,

(que es otra miſeria ſobre la paſſada) porque no baſta ſer de ſuyo tan breve como es, ſino que eſto poco que ay de vida, no eſtà ſeguro, ſino dudoſo: por que quantos llegan à eſſos ſetenta, ù ochenta años que diximos! A quantos ſe corta la tela en comenzando à texer? Quãtos ſe vã en flor (como dicen) ò en agraz? No ſabeis (dice el Salvador) quando vendrà vueſtro Señor, ſi à la mañana, ſi al medio dia, ſi à la noche, ſi al canto del Gallo.

Aprovecharte ha para mejor ſentir eſto, acordar-

te de la muerte dè muchas perſonas que avràs conocido en eſte mundo eſpecialmente de tus amigos, y familiares, y de algunas perſonas iluſtres, y ſeñaladas, à las quales ſalteò la muerte en diverſas edades, y dexò burlados todos ſus propoſitos, y eſperanzas.

Lo tercero, pienſa quan fragil, y quebradiza ſea eſta vida, y hallaràs que no ay vaſo de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un Sol, un jarro de agua fria, un vaho de un enfermo baſta para deſpojarnos della: como parece

por las experiencias cotidianas de muchas perſonas; à las quales en lo mas florido de ſu edad, baſta para derribar qualquier ocaſion de las ſobredichas.

Lo quarto, conſidera, quan mudable es, y como nunca permanece en un miſmo sèr: para lo qual debes conſiderar quanta ſea la mudanza de nueſtros cuerpos, los quales nunca permanecen en una miſma ſalud, y diſpoſicion, y quãto mayor la de los animos, que ſiempre andã como la mar alterados con diverſos vientos, y olas de paſſion

nes, apetitos, y cuidados, que cada hora nos perturban. Y finalmente quantas ſean las mudanzas (que dicen de la fortuna) que nunca conſienten mucho permanecer, ni en un miſmo eſtado, ni en una miſma proſperidad, y alegria las coſas de la vida humana, ſino ſiempre rueda de ũn lugar en otro. Y ſobre todo, conſidera, quã continuo ſea el movimiento de nueſtra vida, pues dia, y noche, para, ſino ſiempre và perdiendo de ſu derecho. Segun eſto, que es nueſtra vida ſino una can-

dela, que ſiempre ſe eſtà gaſtando; y mientras mas arde, y reſplandece, mas ſe gaſta? Què es nueſtra vida ſino una flor que ſe abre à la mañana, y al medio dia ſe marchita, y à la tarde ſe ſeca?

Pues por razon deſta continua mudanza dice Dios por Iſaias: Toda carne es heno, y toda la gloria della es como la flor del campo. Sobre las quales palabras dice San Geronimo: Verdaderamente quien conſiderare la fragilidad de nueſtra carne, y como en todos los puntos,

y momentos de tiempos crecemos, y deſcrecemos, ſin jamàs permanecer en un miſmo eſtado: y como eſto que aora eſtamos hablando, y trazando, y eſcrudiñando, ſe eſtà quitando de nueſtra vida, no dudarà de llamar à nueſtra carne heno, y toda ſu gloria como la flor del campo. El que aora es niño de teta, ſubitamente ſe hace muchacho, y el muchacho mozo, y el mozo mui aina llega à la vejez, y primero ſe halla viejo, que ſe marabille de vèr como ya no es mozo: y la muger hermo-

ſa, que lleva tras sí las manadas de los mozuelos locos, y mui preſto deſcubre la frente arada con arrugas: y la que antes era amable, de alli à poco viene à ſer aborrecible.

Lo quinto, conſidera, quan engañoſa ſea (que por ventura es lo peor que tiene, pues à tantos engaña, y tantos, y tan ciegos amadores lleva tràs sí) pues ſiendo fea, nos parece hermoſa; ſiendo amarga, nos parece dulce; ſiendo breve, à cada uno la ſuya le parece larga; y ſiendo tan miſerable, nos pa-

rece tan amable, que no ay peligro ni trabajo à que no ſe pongan los hombres por ella, aunque ſea con detrimento de la vida eterna, haciendo coſas por do vengan à perder la vida perdurable.

Lo ſexto, conſidera, como demàs de ſer tan breve (ſegun eſtà dicho) eſſo poco que ay de vida, eſtà ſujeto à tantas miſerias, aſſi del alma, como del cuerpo, que todo ello no es otra coſa, ſino un valle de lagrimas, y un pielago de infinitas miſerias. Eſcribe San Geronimo, que Xer-

xes, aquel poderoſiſſimo Rey, que derribaba los montes, allanaba los mares: como ſe ſubieſſe à un monte alto, à vèr deſde alli un exercito que avia juntado de infinitas gentes, deſpues que lo huvo bien mirado, dice, que ſe parô à llorar; preguntando, por què lloraba? Reſpondiô: Lloro, porque de aqui à cien años no eſtarà vivo ninguno de quantos aqui veo preſentes. O ſi pudieſſemos (dice S. Geronimo) ſubirnos à alguna atalaya, que deſde alli pudieſſemos vèr toda la tierra

debaxo de nueſtros pies: deſde alli verias las caidas, y miſerias de todo el mundo, y gentes deſtruidas por gentes, y Reinos por Reinos. Verias como à unos atormentan, à otros matã, unos ſe ahogan en la mar, otros ſon llevados captivos. Alli verias bodas, aqui llantos, aqui matar unos, alli morir otros, unos abundar en riquezas, otros, mendigar. Y finalmente verias, no ſolamente el exercito de Xerxes, ſino à todos los hombres del mundo que aora ſon, los quales de aqui à pocos dias acaba-

ràn. Diſcurre por todas las enfermedades, y trabajos de los cuerpos humanos, y todas las afliccciones, y cuidados de los eſpiritus, y por peligros que ay, aſſi en todos los eſtados, como en todas las edades de los hombres, y veràs aun mas claras quantas ſean las miſerias de eſta vida, para que viendo tan claramente quã poco es todo lo que el mundo puede dàr, mas facilmente menoſprecies todo lo que ay en èl.

A todas eſtas miſerias viene à ſuceder la ultima, que es morir, la qual aſſi

para lo del cuerpo, como para lo del alma, es la ultima de todas las coſas terribles, pues el cuerpo ſerà en un punto deſpojado de todas las coſas, y del anima ſe ha de determinar entonces lo que para ſiempre ha de ſer.

Todo eſto te darà à entender quan breve, y miſerable ſea la gloria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos, ſobre que ſe funda) y por conſiguiente que digna ſea ella de ſer hollada, y menoſpreciada de todos los que la gozan.

El Miercoles.

Este dia penſaràs en el paſſo de la muerte, que es una de las mas provechoſas conſideraciones que ay, aſſi para alcanzar la verdadera ſabiduria, como para huir el pecado, como tambien para comenzar con tiempo à aparejarſe, y diſponerſe para la hora de la ultima cuenta.

Pienſa, pues, primeramente quan incierta es aquella hora en que te ha de ſaltear la muerte, porque no ſabes en que dia, ni en que lugar, ni en que eſta-

do te tomarà la muerte; ſolamente ſabes que has de morir, todo ò lo mas eſtà incierto, ſino que ordinariamente ſuele ſobrevenir eſta hora al tiempo que el hombre eſtà mas deſcuidado, y olvidado della.

Lo ſegundo, pienſa en el apartamiento que alli avrà, no ſolo entre todas las coſas que ſe aman en eſta vida, ſino tambien entre el alma, y el cuerpo, compañia tan antigua, y tan amada. Si ſe tiene por grande mal el deſtierro de la patria, y de los aires en que el hombre ſe

criò

criò, pudiendo el deſterrado llevar conſigo todo lo que ama; quanto mayor ſerà el deſtierro univerſal de todas las coſas, de la caſa, de la hacienda, de los amigos, del padre, de la madre, de los hijos, y deſta luz, y aire comun; y finalmente todas las coſas? Si un buey dà bramidos quando lo apartan de otro buey con quien araba, què bramidos ſerà el de tu corazon quando te aparten de todos aquellos con cuya compañia traxiſte acueſtas el yugo de las cargas de eſta vida?

Conſidera tambien la pena que el hombre alli recibe, quando ſe le repreſentan en lo que han de parar el cuerpo, y el alma deſpues de la muerte, porque el cuerpo ya ſabe que no le puede caber otra ſuerte mejor, que un hoyo de ſiete pies de largo, en compañia de los otros muertos; mas del alma no ſabe cierto lo que ſerà, ni que ſuerte le ha de caber. Eſta es una de las mayores congoxas que alli ſe padecen, ſaber que ay gloria, y pena para ſiempre, y eſtàr tan cerca de

lo uno, y de lo otro, y no ſaber qual deſtas dos ſuertes tan deſiguales nos ha de caber. Tras eſta congoxa ſe ſigue otra no menor que es la cuenta que alli ſe tiene de dàr, la qual es tal, que hace temblar, aun à los mui esforzados.

De Arſenio, ſe eſcribe, que eſtando para morir, comenzò à temer; y como ſus Diſcipulos le dixeſſen: Padre, tu aora temes? Reſpondiò: Hijos, no es nuevo en mi eſſe temor, porque ſiempre vivi con èl. Alli, pues, ſe le repreſentan al hombre todos los

pecados de la vida paſſada, como un eſquadron de enemigos, que vienen à dàr ſobre èl: y los mas grandes, y en que mayor deleite recibiò, eſſos le repreſentan mas vivamente, y ſon cauſa de mayor temor. O quan amarga es alli la memoria del deleite paſſado, que en otro tiempo parecia dulce! Por cierto con mucha razon dixo el Sabio: No mires al vino quando eſtà rubio, y quando reſplandece en el vidrio ſu color, porque aunque al tiempo del beber parece blando, mas à

la poſtre muerde como culebra, y derrama ſu ponzoña como baſiliſco. Eſtas ſon las hezes de aquel brevage ponzoñoſo del enemigo : eſte es el dexo que tiene aquel caliz de Babylonia, por defuera dorado. Pues entonces el hombre miſerable viendoſe cercado de tantos acuſadores, comienzen à texer la tela de eſte juicio, y à decir entre sì: Miſerable de mi, que tan engañado he vivido, y por tales caminos he andado : què ſerà de mi aora en eſte juicio ? Si S. Pablo dice,

que lo que el hombre huviere ſembrado, eſſo cogera, yo que ninguna coſa he ſembrado, ſino obras de carne: què eſpero coger de aqui, ſino corrupcion? Si S. Juan dice, que en aquella Soberana Ciudad, que es todo oro limpio, no ha de entrar coſa ſucia: què eſpera quien tan ſucia, y tan torpemente ha vivido?

Deſpues deſto ſuceden los Sacramentos de la Confeſſion, y Comunion, y de la Extrema uncion, que es el ultimo ſocorro con que la Igleſia nos pue-

de ayudar en aquel trabajo ; y aſſi en eſte, como en los otros debes conſiderar las anſias, y congoxas que alli el hombre padecerà por aver vivido mal : y quanto quiſiera aver llevado otro camino, y què vida haria entonces, ſi le dieſſen tiempo para ello, y como alli ſe esforzarà à llamar à Dios, y los dolores, y la priſſa de la enfermedad apenas le daràn lugar.

Mira tambien aquellos poſtreros accidentes de la enfermedad, que ſon como menſajeros de la muer-

te, quan eſpantoſos ſon, y quan para temer. Levantaſe el pecho, enronqueceſe la voz, muerenſe los pies, yelanſe las rodillas, afilanſe las narices: mas ſobre todo el alma es la que alli padece.

Salida ya el alma de las carnes, aunque te quedan dos caminos por andar, el uno acompañando el cuerpo haſta la ſepultura, y el otro ſiguiendo el alma haſta la determinacion de ſu cauſa, conſiderando lo que à cada uno deſtas partes acaecerà. Mira, pues, qual queda el cuerpo deſ-

pues que tu alma la deſampara, y qual es aquella noble veſtidura que le aparejan para entregarlo. Conſidera ſu enterramiento, con todo lo que en èl paſſarà, el doblar de las campanas, el preguntar todos el muerto, los oficios, y cantos dolorоſos de la Igleſia, el acompañamiento, y ſentimiento de los amigos: y finalmente todas las particularidades que alli ſuelen acaecer, haſta dexar el cuerpo en la ſepultura. Dexado el cuerpo en la ſepultura, vete luego en pos del alma, y mira el camino que

llevarà por aquella nueva Region: y en lo que finalmente pararà, y como ſerà juzgada. Imagina, que eſtàs ya preſente à eſte juicio, y que toda la Corte del Cielo eſtà aguardando el fin deſta ſentencia, donde ſe harà el cargo, y el deſcargo de todo lo recibido, haſta el cabo de agujeta. Alli ſe pedirà cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inſpiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir; y ſobre todo la Sangre de Chriſto: y aì ſerà cada uno juzgado

ſegun la cuenta que huviere dado de lo recibido.

EL JUEVES.

ESTE dia penſaràs en el juicio final para que con eſta conſideracion ſe deſpierten en tu anima aquellos dos tan principales afetos que debe tener todo el fiel Chriſtiano, conviene à ſaber, temor de Dios, y aborrecimiento del pecado.

Pienſa, pues, primeramente, quan temible ſerà aquel dia, en el qual ſe averiguaràn las cauſas de todos los hijos de Adan, y

ſe concluiràn los proceſſos de nueſtras vidas, y ſe darà ſentencia definitiva de lo que para ſiempre ha de ſer. Aquel dia abrazarà en sì los dias de todos los ſiglos preſentes, y paſſados, y los venideros, porque en èl darà el mundo cuenta de todos eſtos tiempos, y y en èl derramarà la ira, y ſaña que tiene recogida en todos los ſiglos. Pues que tan arrebatado ſaldrà entonces aquel tan caudaloſo rio de la indignacion Divina, temiendo tantas avenidas de ira, y ſañas, quantos pecados ſe han he-

cho deſde el principio del mundo.

Lo ſegundo, conſidera las ſeñales eſpantoſas, que precede à eſte dia, porque como dice el Salvador, antes que venga eſte dia avrà ſeñales en el Sol, y en las Eſtrellas; y finalmente en todas las criaturas del Cielo, y de la tierra; porque todas ellas ſentiràn ſu fin antes que fenezcan, y ſe eſtremeceràn, y comenzaràn à caer primero que caigan; mas los hombres (dice) andaràn ſecos, y ahilados de muerte, oyendo los bramidos de la mar,

y viendo las grandes olas, y tormentas que levantaràn, barruntando por aquellas calamidades, y miſerias que amenazã al mũdo con tan temeroſas ſeñales: y aſſi andaràn atonitos, y eſpantados, las caras amarillas, y deſiguradas, antes de la muerte muertos, y antes del juicio ſentenciados, midiendo los peligros con ſus proprios temores, y tan ocupados cada uno con el ſuyo, que no ſe acordarà del ajeno, aunque ſea padre, ò hijo, nadie avrà para nadie, porque nadie baſtarà parà sì ſolo.

Lo tercero, conſidera aquel diluvio univerſal de fuego, que vendrà delante del Juez, y aquel ſonido temeroſo de la trompeta, que tocarà el Archangel, para convocar todas las generaciones del mundo, à que ſe junten en un lugar, y ſe hallen preſentes en juicio, y ſobre todo la eſpantoſa Mageſtad con que vendrà el Juez.

Deſpues deſto conſidera, quan eſtrecha ſerà la cuenta que alli à cada uno ſe pedirà. Verdaderamente (dice Job) no podrà ſer el hombre juſtificado, ſino ſe

ampara con Dios; y ſi ſe quiere poner con èl en juicio de mil cargos que le haga, no le podrà reſponder à ſolo uno. Pues què ſentirà entonces cada uno de los malos, quando entre Dios con èl en eſte examen, y allà dentro de ſu conciencia diga aſſi: Ven acà hombre malo, què viſte en mi? Por que aſſi me deſpreciaſte, y te paſſaſte al vando de mi enemigo? Yo te criè à mi imagen, y ſemejanza, yo te dì la lumbre de la Fè, y te hize Chriſtiano, y te redimi con mi propria Sangre.

Por ti ayunè, caminè, velè, trabajè, y ſudè gotas de Sangre. Por ti ſufri perſecuciones, azotes, blasfemias, eſcarnios, bofetadas, deshonras, tormentos, y Cruz. Teſtigos ſon eſta Cruz, y clavos, que aqui parecen; teſtigos eſtas llagas de pies, y manos, que en mi cuerpo quedaron; teſtigos el Cielo, y la tierra, delante de quien padeci. Pues què hiciſte deſta anima tuya, que yo con mi Sangre hice mia? En cuyo ſervicio empleaſte lo que yo comprè tan caramente? O generacion lo-

ca, y adultera! por què quisiste mas servir à esse enemigo tuyo con mucho trabajo, que à mi tu Redemptor, y Criador con alegria? Llamèos tantas veces, y no respondisteis, toquè à vuestras puertas, y no dispertasteis, estendi mis manos en la Cruz, y no las mirasteis, menospreciasteis mis consejos, y todas mis promessas, y amenazas. Pues decid aora vosotros Angeles, juzgad vosotros Jueces entre mi, y mi viña, què mas debi yo hacer por ella de lo que hice? Pues què respon-

ràn aqui los malos burladores de las coſas Divinas; los moſadores de la virtud; los burladores de la ſimplicidad; los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo, que con las de Dios; los que à todas ſus inſpiraciones inſenſibles, à todos ſus Mandamientos rebeldes, y à todos ſus azotes, y beneficios ingratos, y duros? Què reſponderàn los que vivieron como ſi creyeran que no avia Dios? Y los que con ninguna lei tuvieron cuenta, ſino con ſolo ſu interes? Què hareis los

tales (dice Iſaias) en el dia de la viſitacion, y calamidad, que os vendrà de lexos ? A quien pedireis ſocorro, y què aprovecharà la abundancia de vueſtras riquezas?

Lo quinto, conſidera deſpues de todo eſto la terrible ſentencia, que el Juez fulminarà contra los malos, y aquella temeroſa palabra, que harà reſtriñir las orejas de quien la oyere. Sus labios (dice Iſaias) eſtàn llenos de indignacion, y ſu lengua es como fuego que traga: Què fuego abraſſarà tãto como aquel-

las palabras: *Apartaos de mi, malditos, al fuego perdurable, que eſtà aparejado para Satanas, y para ſus Angeles.* En cada una de las quales palabras tienen mucho que ſentir, y que penſar, en el apartamiento, en la maldicion, en el fuego, en la compañia, y ſobre todo en la eternidad, que no ſe acaba.

EL VIERNES.

ESTE dia meditaras en las penas del infierno, para que con eſta meditacion tambien ſe confirme mas tu anima en el temor de

Dios, y aborrecimiento del pecado.

Eſtas penas (dice S. Buenaventura) que ſe deben imaginar debaxo de algunas figuras, y ſemejanzas corporales, que los Santos no enſeñaron; por lo qual ſerà coſa conveniente imaginar el lugar del Infierno, ſegun èl miſmo dice, como un lago obſcuro, y tenebroſo, pueſto debaxo de tierra, ò como una Ciudad eſpantable, y tenebroſa, que toda ſe arde en vivas llamas, en la qual no ſuena otra coſa ſino voces, y gemidos de atormenta-

dores, y atormentados con perpetuo llanto, y crugir de dientes.

Pues en eſte malaventurado lugar ſe padecen dos penas principales, la una, que llaman del ſentido, y la otra de daño. En quanto à la primera, pienſa como no avrà alli ſentido alguno dentro, ni fuera del alma, que no eſtè penando con ſu proprio tormento; porque aſſi como los malos ofendieron à Dios con todos ſus miembros, y ſentidos, y de todos hicieron armas para ſervir al pecado: aſſi ordenarà el que

cada uno dellos pene con ſu proprio tormento, y pague ſu merecido. Alli los ojos adulteros, y deshoneſtos padeceràn con la viſion horrible de los demonios. Alli las orejas, que ſe dieron à oir mentiras, y torpedades, oiràn perpetuas blasfemias, y gemidos. Alli las narizes amadoras de perfumes, y olores infames, ſeràn llenas de intolerable hedor. Alli el guſto, que ſe regalaba con diverſos manjares, y goloſinas, ſerà atormentado con rabioſa hambre, y ſed. Alli la lengua

gua murmuradora, y blaſfema, ſerà amarga con hiel de Dragones. Alli el tacto amador de regalo, y blanduras andarà nadando en aquellas eladas, que dice Job del rio Cocito, y entre los ardores, y llamas del fuego. Alli la imaginacion padecerà con la aprehenſion de dolores preſentes, la memoria con la recordacion de los placeres paſſados, el entendimiento con la repreſentacion de los males advenideros, y la voluntad con grandiſſimas iras, y rabias, que los malos tendràn contra

Dios. Finalmente alli ſe hallaràn en uno todos los males, y tormentos que ſe pueden penſar. Porque (como dice S. Gregorio) alli avrà frio que no ſe pueda ſufrir, fuego que no ſe pueda apagar, guſano immortal, hedor intolerable, tinieblas, palos, y azotes de atormentadores, viſion de demonios, confuſion de pecados, y deſeſperacion de todos los bienes. Pues dime ahora, ſi el menor de todos eſtos males que ay acà, ſe padecieſſe por mui pequeño eſpacio de tiempo ſerà tan recio de

llevar, que serà padecer alli en un mismo tiẽpo toda esta muchedũbre de males en todos los miembros, y sentidos interiores, y exteriores; y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? Què sentidos, què palabras, què juicio ay en el mundo, que pueda sẽtir, ni encarecer esto como es?

Pues no es esta la mayor de las penas que alli se passan: otra ay sin comparacion mayor, que es la que llaman los Theologos pena de daño; la qual es aver de carecer para siem-

pre de la viſta de Dios, y de ſu glorioſa compañia, porque tanto es mayor una pena, quanto priva al hombre de mayor bien; y pues Dios es el mayor bien de los bienes, aſſi carecer dèl, ſerà el mayor mal de los males, qual de verdad es eſte. Eſtas ſon las penas que generalmente competen à todos los condenados. Mas allende eſtas penas generales, ay otras particulares, que alli padecerà cada uno, conforme à la calidad de ſu delito; porque una ſerà alli la pena del ſoberbio,

otra la del ambicioſo, otra la del avariento, otra la del luxurioſo, y aſſi los demàs. Alli ſe taſſarà el dolor conforme al deleite recibido, y la confuſion conforme à la preſumpcion, y ſoberbia, y la deſnudez conforme à la demaſia, y abundancia, y la hambre, y ſed, conforme al regalo, y à la hartura paſſada.

A todas eſtas penas ſucede la eternidad del padecer, que es como el ſello, y la llave de todas ellas; y aun todo eſto ſeria tolerable, ſi fueſſe finito, porque ninguna coſa es

grande, ſi tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinacion, ni diminucion, ni ay eſperãza que ſe acabarà jamas, ni la pena, ni el que la dà, ni el que la padece, ſino que es como un deſtierro preciſo, y como un ſambenito irremiſſible, que jamas ſe quita, eſto es coſa para ſacar de juicio, à quien atentamẽte lo conſidera.

Eſta es pues, la mayor de las penas, que en aquel malaventurado lugar ſe padecen, porque ſi eſtas penas huvieran de durar por algun tiempo limitado,

aunque fuera mil años, ò cien mil, como dice un Doctor, ſi eſperaſſen que ſe avian de acabar en agotandoſe toda el aguà de el mar Occeano, ſacando cada mil años una ſola gota del mar, aun eſto les ſeria algun genero de conſuelo: mas eſto no es aſſi, ſino que ſus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duracion de la Divina gloria, en quanto Dios viviere ellos moriràn, y quando Dios dexare de ſer el que es, dexaràn ellos de ſer lo que ſon; pues en eſſa duracion, en

eſſa eternidad querria yo, hermano mio, que hincaſſes un poco los ojos de la conſideracion, y que (como animal limpio) rumiaſſes aora eſte paſſo dentro de ti, pues clama en ſu Evangelio aquella eterna verdad, diciendo: *El Cielo, y la tierra faltaràn, mas mis palabras no faltaràn.*

EL SABADO.

ESTE dia penſaràs en la gloria de los Bienaventurados, para que aqui ſe mueva tu corazon al menoſprecio del mundo, y deſeo de la compañia del-

los. Pues para entender algo deſte bien, puede conſiderar eſtas cinco coſas, entre otras que ay en èl; conviene à ſaber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañia, la viſion de Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente el cumplimiento de los bienes que alli ay.

Primeramente, conſidera la excelencia del lugar, y ſeñaladamente la grandeza dèl, que es admirable: porque quando el hombre lee en algunos graves Autores, que qualquiera de las Eſtrellas del

Cielo es mayor que toda la tierra, y aunque ay alguna dellas de tan notable grandeza, que ſon noventa veces mayores que toda ella, y con eſta alza los ojos al Cielo, y vè en èl tanta muchedumbre de Eſtrellas, y tantos eſpacios vacios, donde podrian caber otras muchas mas. Como no ſe eſpanta? Como no queda atonito, y fuera de ſi, conſiderando la immenſidad de aquel lugar, y mucho mas la de aquel Soberano Señor que lo criò?

Pues la hermoſura dèl

no ſe puede explicar con palabras, porque ſi en eſte valle de lagrimas, lugar, y deſtierro, criò Dios coſas tan admirables, y de tanta hermoſura, que avrà criado en aquel lugar, que es apoſento de gloria, trono de ſu grandeza, Palacio de ſu Mageſtad, caſa de ſus eſcogidos, y Paraiſo de todos los deleites?

Deſpues de la excelencia del lugar conſidera la nobleza de los moradores dèl, cuya ſantidad, y riquezas exceden à todo lo que ſe puede penſar. S. Juan dice, que es tan gran-

de la muchedumbre de los eſcogidos, que nadie baſta para poder contarlos. S. Dionyſio dice, que es tan grande el numero de los Angeles, que excede ſin comparacion al de todas quantas coſas materiales ay en la tierra. S. Thomàs, conformandoſe con eſte parecer, dice, que aſſi como la grandeza de los Cielos excede à la de la tierra ſin proporcion, aſſi la muchedumbre de aquellos eſpiritus gozoſos, excede à la de todas las coſas materiales, que ay en eſte mundo con eſta miſma ventaja.

Pues què coſa puede ſer mas admirable? Por cierto coſa es eſta, que ſi bien ſe conſideraſſe, baſtaba para dexar atonitos à los hombres. Y ſi cada uno de aquellos Bienaventurados eſpiritus (aunque ſea el menor dellos) es mas hermoſo de vèr que todo eſte mundo viſible: què ſerà vèr tanto numero de eſpiritus tan hermoſos, y vèr las perfecciones, y oficios de cada uno dellos? Allí diſcurren los Angeles, miniſtran los Archangeles, triunfan los Principados, y alegranſe las Poteſtades,

ſeñorean las Dominaciones, reſplandecen las Virtudes, relampaguean los Tronos, lucen los Querubines, y arden los Serafines, y todos cantan alabanzas à Dios. Pues ſi la compañia, y comunicacion de los buenos es tan dulce, y amigable, què ſerà tratar alli con tantos buenos, hablar con los Apoſtoles, converſar con los Profetas, comunicar con los Martyres, y con todos los eſcogidos?

Y ſi tan grande gloria es gozar de la compañia de los buenos, que ſerà go-

zar de la compañia, y preſencia de aquella à quien alaban las Eſtrellas de la mañana, de cuya hermoſura el Sol, y la Luna ſe marabillan, ante cuyo merecimiento ſe arrodillan los Angeles, y todos aquellos eſpiritus ſoberanos? Què ſerà vèr aquel bien univerſal en que eſtàn todos los bienes, y aquel mundo mayor, en quien eſtan todos los mundos? Y aquel que ſiendo uno es todas las coſas, y ſiendo ſimpliciſſimo, abraza las poſſeſſiones de todas? Si tan grande coſa fue oir, y

vèr al Rei Salomon, que decia la Reina Sabà: Bienaventurados los que aſſiſten delante de ti, y gozan de tu ſabiduria; què ſerà vèr aquel ſummo Salomon? Aquella eterna ſabiduria? Aquella infinita grãdeza? Aquella ineſtimable hermoſura? Aquella immenſa bondad? Y gozar della para ſiempre? Eſta es la gloria eſſencial de los Santos, eſte es el ultimo fin, y puerto de todos nueſtros deſeos.

Conſidera deſpues deſto la gloria de los cuerpos, los quales gozaràn de a-

queſtos quatro ſingulares dotes, que ſon ſutileza, ligereza, impaſſibilidad, claridad: la qual ſerà tan grande, que cada uno dellos reſplandecerà como el Sol en el Reino de ſu Padre. Pues ſino mas de un Sol que eſtà en medio del Cielo, baſta para dàr luz, y alegria à todo eſte mundo, què haràn tantos Soles, y lamparas como alli reſplandeceràn? Pues què dirè de todos los otros bienes que alli ay? Alli avrà ſalud ſin enfermedad, libertad ſin ſervidumbre, hermoſura ſin fealdad, im-

mortalidad ſin corrupcion, abundancia ſin neceſſidad, ſoſſiego ſin turbacion, ſeguridad ſin temor, conocimiento ſin error, hartura ſin haſtio, alegria ſin triſteza, y honra ſin contradicion. Alli ſerà (dice S. Auguſtin) verdadera la gloria donde ninguno ſerà alabado por error, ni por liſonja. Alli ſerà verdadera la honra, la qual ni ſe negarà al digno, ni ſe concederà al indigno. Alli ſerà verdadera paz, donde ni de ſi, ni de otro ſerà el hombre moleſtado. El primero de la virtud, ſerà el miſmo

que diò la virtud, y ſe prometiò por galardon della: el qual ſe verà ſin fin, ſe amarà ſin haſtio, y ſe alabarà ſin canſancio. Alli el lugar es ancho, hermoſo, reſplandeciente, y ſeguro; la compañia mui buena, y agradable; el tiempo de una manera, no ay diſtinto en tarde, y mañana, ſino continuado con una ſimple eternidad. Alli avrà perpetuo verano, que con el freſco, y aire del Eſpiritu Santo ſiempre florece. Aſſi todos ſe alegran, todos cantan, y alaban à aquel ſummo dador

de todo, por cuya largueza viven, y reinan para ſiempre. O Ciudad Celeſtial, morada ſegura, tierra donde ſe halla todo lo que deleita, Pueblo ſin murmuracion, vecinos quietos, y hombres ſin ninguna neceſſidad! O ſi acabaſſe ya eſta contienda! O ſi ſe concluyeſſen los dias de mi deſtierro! Quãdo llegarà eſte dia? Quando vendrè, y parecerè ante la cara de Dios?

EL DOMINGO.

ESTE dia penſaràs en los beneficios Divinos, para

dar gracias al Señor por ellos, y encenderte mas en el amor de quien tanto bien te hizo. Y aunque eſtos beneficios ſean innumerables, mas puedes tu à lo menos conſiderar eſtos cinco mas principales; conviene à ſaber, de la creacion, gobernacion, redempcion, y vocacion con los otros beneficios particulares, y ocultos.

Y primeramente, quanto al beneficio de la creacion, mira con atencion lo que eras antes que fueſſes criado, y lo que Dios hizo contigo; te diò ante todo

merecimiento, conviene à ſaber, eſte cuerpo, con todos ſus miembros, y ſentidos: y eſta tan excelente alma, con aquellas tres tan nobles potencias, que ſon Entendimiento, Memoria, y Voluntad. Y mira bien, que dàrte eſta tal alma, fue dàrte todas las coſas, pues ninguna perfeccion ay en alguna criatura, que el hombre no la tenga en ſu manera: por donde parece, que dàrnos eſta pieza ſola fue darnos de una vez todas las coſas juntas.

Quanto al beneficio de

la creacion, mira quã colgado eſtà todo tu sèr de la providencia Divina, como no viviràs un punto, ni daràs un paſſo, ſino fueſſe por èl, como todas las coſas del mundo criò para tu ſervicio, la mar, la tierra, las aves, los pezes, los animales, las plãtas, y haſta los miſmos Angeles del Cielo. Conſidera con eſto la ſalud que te dà, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros ſocorros temporales. Y ſobre todo eſto, ponderа mucho las miſerias, y deſaſtres en que cada dia

vès caer los otros hombres, en las quales pudieras tu tãbien aver caido, ſi Dios por ſu piedad no te huviera preſervado.

Quãto al beneficio de la redempcion, puedes conſiderar dos coſas. La primera, quãtos, y quan grãdes ayã ſido los bienes que nos diò mediãte el beneficio de la redempcion. Y la ſegũda, quãtos, y quan grãdes ayã ſido los males que padeciò en ſu cuerpo, y anima ſantiſſima, para ganarnos eſtos bienes. Y para ſentir mas lo que debes à eſte Señor, por lo que por

ti

ti padeciò, puedes conſiderar eſtas quatro principales circunſtancias en el myſterio de ſu Sagrada Paſſion; conviene à ſaber, quien padece, que es lo que padece, por quien padece, y porque cauſa lo padece. Quien padece? Dios. Què padece? Los mayores tormentos, ydeſhonras que jamàs ſe padecieron. Por quien padece? Por criaturas infernales, abominables, y ſemejantes à los miſmos demonios en ſus obras. Por què cauſa padece? No por ſu provecho, ni por nueſtro mere-

cimiento, ſino por las entrañas de ſu miſma caridad, y miſericordia.

Quanto al beneficio de la vocacion, conſidera primeramente quã grãde merced de Dios fue hacerte Chriſtiano, y llamarte à la Fè, por medio del Baptiſmo, y hacerte tãbien participante de los otros Sacramentos. Y ſi deſpues deſte llamamiẽto, perdida ya inocencia, te ſacò de pecado, y volviò à ſu gracia, y te puſo en eſtado de ſalud: ¿como lo podràs alabar por eſte beneficio? Que tan grande miſericor-

dia fue aguardarte tanto tiempo, y ſufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inſpiraciones, y no cortarte el hilo de la vida, como le cortò à otros en eſte miſmo eſtado. Y finalmẽte, llamarte con tan poderoſa gracia, que reſucitaſſes de muerte à vida, y abrieſſes los ojos à la luz. Que miſericordia fue, deſpues de ya convertido, dàrte gracia para no volver al pecado, y vencer al enemigo, y perſeverar en lo bueno. Eſtos ſon los beneficios publicos, y conocidos; otros ay ſecretos, que no

los conoce, ſino el que los ha recibido; y aun otros muchos ay tan ſecretos, que el miſmo que lo recibiò no los conoce, ſino ſolo aquel que los hizo. Quantas veces avràs en eſte mundo merecido por tu ſoberbia, ò negligencia, ò deſagradecimiento, que Dios te deſamparaſſe, como avrà deſamparado à otros muchos por alguna de las cauſas, y no lo ha hecho? Quãtos males y ocaſiones de males avrà prevenido el Señor con ſu providencia, desbaratando las redes del enemigo,

y acortandole los paſſos, y no dandole lugar à ſus tratos, y conſejos? Quantas veces avra hecho en cada uno de noſotros aquello que èl dixo à S. Pedro: Mira que Satanàs andaba mui negociador para alentaros à todos como à trigo, mas yo he rogado por ti que no desfallezca tu Fè: Quien podrà ſaber eſtos ſecretos, ſino Dios? Los beneficios poſitivos, bien los puede à veces conocer el hombre; mas los privativos, que no conſiſten en hacernos bienes, ſino en librarnos de males,

quien los conocerà ? Pues assi por estos, como por los otros, es razon que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos quan alcanzados andamos de cuenta, y quanto mas es lo que le debemos, que lo que le podemos pagar, pues aun no lo podemos entender.

CAPITULO III.

Del tiempo, y fruto de estas Meditaciones arriba dichas.

ESTAS son, Christiano Lector, las primeras siete meditaciones en que pue-

des filoſofar, y ocupar tu penſamiento por los dias de la ſemana; no porque no puedas tambien penſar en otras coſas, y en otros dias demàs deſtos, porque (como ya diximos) qualquiera coſa que induce nueſtro corazon à amor, y temor de Dios, y guarda de ſus Mandamientos es materia de meditacion; pero ſeñalanſe eſtos paſſos que tengo dichos; lo uno, porque ſon los principales myſterios de nueſtra Fè, y los que (quãto es de ſu parte) mas nos mueven à lo dicho: y lo otro, porque

los principiantes, que han menester leche, tengan aqui casi mastigadas, y digestas las cosas que pueden meditar, porque no andē como peregrinos en estraña region, discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas, y dexando otras, sin tener estabilidad alguna.

Tambien es de saber, que las Meditaciones de esta semana son mui convenientes, como ya diximos, para el principio de la conversion, que es quando el hombre de nuevo se vuelve à Dios; por-

que entonces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos pueden mover à dolor, y aborrecimiento del pecado, y temor de Dios, y menosprecio del mundo, que son los primeros escalones deste camino. Y por esto deben los que comienzan perseverar por algun espacio de tiempo en la consideracion destas cosas, para que assi se funden mas en las virtudes, y afectos arriba dichos.

CAPITULO IV.

De las otras ſiete Meditaciones de la Sagrada Paſſion, y de la manera que havemos de tener en meditarla.

DESPUES de eſtas ſe ſiguen las otras ſiete Meditaciones de la Sagrada Paſſion, Reſurreccion, y Aſcenſion de Chriſto: à las quales ſe podràn añadir los otros paſſos principiantes de ſu vida ſacratiſſima.

Aqui es de notar, que ſeis coſas ſe han de meditar en la Paſſion de Chriſto. La grandeza de ſus do-

lores, para compadecernos dellos. La grandeza de nueſtro pecado, que es la cauſa para aborrecerlo. La grandeza del beneficio, para agradecerlo. La excelencia de la Divina Bondad, y caridad que alli ſe deſcubre, para amarla. La conveniencia del myſterio, para marabillarnos dèl; y la muchedumbre de las virtudes de Chriſto, que alli reſplandecen, para imitarlas. Pues conforme à eſto, quando vamos meditando, debemos ir inclinando nueſtro corazon, unas veces à com-

paſſion de los dolores de Chriſto, pues, fueron los mayores del mundo, aſſi por la delicadez de ſu Cuerpo, como tambien por padecer ſin ninguna manera de conſolacion, como en otra parte eſtà declarado.

Otros, debemos tener, reſpeto à ſacar de aqui motivos de dolor de nueſtros pecados, conſiderando, que ellos fueron la cauſa de que èl padecieſſe tantos, y tan graves dolores como padeciò. Otras veces debemos ſacar de aqui motivos de amor, y agra-

decimiento, conſiderando la grandeza del amor que èl por aqui nos deſcubriò; y la grandeza del beneficio que nos hizo redimiendonos tan copioſamente, con tanta coſta ſuya, y tanto provecho nueſtro.

Otras veces debemos levantar los ojos à la conveniencia del medio que Dios tomò para curar nueſtra miſeria, eſto es, para ſatisfacer por nueſtras deudas, para ſocorrer à nueſtras neceſſidades, para merecer mas gracia, y humillar nueſtra ſoberbia, è inducirnos al menoſprecio

del mundo, al amor de la Cruz, de la pobreza, de la aſpereza, de las injurias, y de todos los otros virtuoſos, y honeſtos trabajos.

Otras veces debemos poner los ojos en los exemplos de virtudes, que en ſu ſacratiſſima vida, y muerte reſplandecen, en ſu mãſedumbre, paciencia, obediencia, miſericordia, pobreza, caridad, humildad, benignidad, modeſtia, y en todas las otras virtudes, que en todas ſus obras, y palabras, mas que las miſmas Eſtrellas en el Cielo

reſplandecen, para imitar algo de lo que en èl vemos, porque no tengamos ocioſo el eſpiritu, y gracia que dèl para eſto recibimos; y aſſi caminamos à èl por èl. Eſta es la mas alta, y la mas provechoſa manera que ay de meditar la Paſſion de Chriſto, que es por via de imitacion, para que por la imitacion vengamos à la transformacion, y aſſi podamos ya decir con el Apoſtol: Vivo yo; ya no vivo, mas vive en mi Chriſto.

Demàs deſto conviene en todos eſſos paſſos tener

à Chriſto ante los ojos preſentes, y hacer cuenta que le tenemos delante quando padece, y tener cuenta, no ſolo con la hiſtoria de ſu Paſſion, ſino tambien con todas las circunſtancias della, eſpecialmente con eſtas quatro. Quien padece? Por quien padece? Como padece? Por què cauſa padece? Quien padece? Dios todo poderoſo, infinito, immenſo, &c. Por quien padece? Por la mas ingrata, y deſconocida criatura del mundo. Como padece? Con grandiſſima humildad, ca-

ridad, benignidad, manſedumbre, miſericordia, paciencia., modeſtia., &c. Por què cauſa padece? No por algun interès ſuyo, ni merecimiento nueſtro, ſino por ſolas las entrañas de ſu infinita piedad, y miſericordia. Demàs deſto, no ſe contente el hombre con mirar lo que por defuera padece, ſino mucho mas lo que padece por de dentro, porque mucho mas ay que contẽplar en el Anima de Chriſto, que en el Cuerpo de Chriſto, aſſi en el ſentimiento de ſus dolores, como en los o-

tros afectos, y consideraciones que en ella avia.

Presupuesto, pues, aota este pequeño preambulo, comencemos à repetir, y poner por orden los mysterios de la Sagrada Passion.

Siguense las siete Meditaciones de la Sagrada Passion.

El Lunes.

Este dia, hecha la señal de la Cruz con la preparacion que adelante se pone, se ha de pensar el lavatorio de los pies, y la institucion del Santissimo Sacramento.

Conſidera, pues, en eſta Cena à tu dulce, y benigno Jeſus, y mira el exemplo de humildad que aqui te dà, levantandoſe de la meſa, y lavando los pies à ſus Diſcipulos. O buen Jeſus! què es eſſo que haces? O dulce Jeſus! por què tanto ſe humilla tu Mageſtad? Què ſintieras, anima mia, ſi vieras alli à Dios arrodillado ante los pies de los hombres, y ante los pies de Judas? O cruel! como no te ablanda el corazon eſſa tan grande humildad? Como no te rompe las entrañas eſſa

tan grande manſedumbre? Es poſſible que tu ayas ordenado de vender eſte manſiſſimo Cordero? Es poſſible que no te ayas aora compungido en eſte exemplo? O blancas, y hermoſas manos! Como podeis tocar pies tan ſucios, y abominables? O puriſſimas manos! Como no teneis aſco de lavar los pies enlodados en los caminos, y tratos de vueſtra ſangre? Apoſtoles bienaventurados, como no temblais, viendo eſſa tan grande humildad? Pedro, què haces? Por ventura con-

ſentiràs que el Señor de la Mageſtad te lave los pies? Marabillado, y atonito S. Pedro, como vieſſe al Señor arrodillado delante de sì, comenzò à decir: Tu, Señor, lavas à mi los pies? No eres tu Hijo de Dios vivo? No eres tu el Criador del mundo? La hermoſura del Cielo? El Paraìſo de los Angeles? El remedio de los hombres? El reſplandor de la Gloria del Padre? La fuente de la ſabiduria de Dios en las alturas? Pues tu me quieres à mi lavar los pies? Tu, Señor, de tanta Mageſtad,

y gloria, quieres entender en oficio de tan gran baxeza?

Conſidera tambien, como en acabando de lavar los pies, los limpiaria con aquel ſagrado lienzo de que eſtaba ceñido. Y ſube mas arriba con los ojos del anima, y veràs alli repreſentado el Myſterio de nueſtra redempcion. Mira como aquel lienzo recogiò en sì toda la immundicia de los pies ſucios, y aſſi ellos quedaron limpios, y el lienzo quedarſe todo manchado, y ſucio deſpues de hecho eſte

oficio. Què coſa mas ſucia que el hombre, concebido en pecado? Y què coſa mas limpia, mas hermoſa, que Chriſto, concebido de el Eſpiritu Santo? Blanco, y colorado es mi amado (dice la Eſpoſa) y eſcogido entre millares. Pues eſte tan hermoſo, tan limpio, quiſo recibir en sì todas las manchas, y fealdades de nueſtras animas, y dexandolas limpias, y libres de ellas, èl quedò en ſu Cruz amancillado, y afeado con ellas.

Deſpues deſto conſide-

ra aquellas palabras con que diò fin el Salvador à eſta hiſtoria, diciendo: Exemplo os he dado, para que como yo lo dixe, aſſi voſotros lo hagais. Las quales palabras, no ſolo ſe han de referir à eſte paſſo, y exemplo de humildad, ſino tambien à todas las obras, y vida de Chriſto, porque ella es un perfectiſſimo dechado de todas las virtudes, eſpecialmente de la que en eſte lugar ſe nos repreſenta.

De la Inſtitucion del Santiſſimo Sacramento.

PARA entender algo deſte myſterio, has de preſuponer, que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Chriſto tiene à ſu Eſpoſa la Igleſia, y por conſiguiente à cada una de las animas que eſtan en gracia; porque cada una dellas es tambien Eſpoſa ſuya: pues queriendo eſte Eſpoſo dulciſſimo partirſe de eſta vida, y auſentarſe de ſu Eſpoſa la Igleſia, porque eſta auſencia no le fueſſe

cauſa de olvido, dexole por memoria en eſte Santiſſimo Sacramento, en que ſe quedaba èl miſmo no queriendo que entre èl, y ella eſtuvieſſe otra prenda que deſpertaſſe ſu memoria, ſino ſolo èl. Queria tambien el eſpoſo en eſta auſencia tan larga, dexar à ſu Eſpoſa compañia, porque no ſe quedaſſe ſola, y dexole la del Sacramento, donde ſe queda èl miſmo, que era la mejor compañia que le podia dexar. Queria tambien entonces ir à padecer muerte por la Eſpoſa, y redimirla, y en-

riquecerla con el precio de ſu Sangre : y porque ella pudieſſe , quando quiſieſſe , gozar deſte teſoro , dexole las llaves dèl en eſte Sacramento : porque (como dice S. Chriſoſtomo) todas las veces que nos llegamos à èl , debemos penſar que llegamos à poner la boca en el Coſtado de Chriſto , y bebemos de aquella precioſa Sangre , y nos hacemos participantes dèl. Deſeaba tambien eſte celeſtial Eſpoſo , ſer amado de ſu Eſpoſa con grande amor , y para eſto ordenò eſte myſ-

terioſo bocado, con tales palabras conſagrado, que quien dignamente lo recibiere, luego es tocado, y herido de eſte amor.

Queria tambien aſſegurarla, y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la Gloria, porque con la eſperanza de eſte bien, paſſaſſe alegremente por todo los otros trabajos, y aſperezas deſta vida, pues para que la Eſpoſa tuvieſſe cierta, y ſegura la eſperanza deſte bien, dexole acà en prendas dèl, eſte ineſtimable teſoro, que vale tanto

como todo lo que allà ſe eſpera, para que no deſconfiaſſe que ſe le dara Dios en la Gloria, donde vivirà en eſpiritu, pues no ſe le negò en eſte valle de lagrimas, donde viviò en carne.

Queria tambien à la hora de ſu muerte hacer teſtamento, y dexar à la Eſpoſa alguna manda ſeñalada para ſu remedio, y dexole eſta, que era la mas precioſa, y provechoſa que le pudiera dexar, pues en ella ſe dexa à Dios. Queria finalmente, dexar à nueſtras almas ſuficiente pro-

miſſion, y mantenimiento con que viviesſen, porque no tiene menor neceſſidad el anima de ſu proprio mantenimiento para vivir vida eſpiritual, que el cuerpo del ſuyo para la vida corporal: pues para eſto ordenò eſte tan fabio Medico (el qual tambien tenia tomados los pulſos de nueſtra flaqueza) eſte Sacramento, y por eſto le ordenò en eſpecie de mantenimiento para que la miſma eſpecie en que lo inſtituyò, nos declaraſſe el efecto que obraba, y la neceſſidad que nueſtras animas

dèl tenian, no menos que la que los cuerpos tienen de ſu proprio manjar.

EL MARTES.

ESTE dia penſaras en la Oracion del Huerto, y en la priſion del Salvador, y en la entrada, y afrenta de la caſa de Anàs.

Conſidera pues, primeramente, como acabada aquella myſterioſa Cena, ſe fue el Señor con ſu Diſcipulos al monte Olivete à hacer oracion antes que entraſſe en la batalla de ſu Paſſion, para enſeñarnos como en todos los traba-

jos, y tentaciones avemos de acogernos à la oracion, como à una ſagrada ancora, por cuya virtud, ò nos ſerà quitada la carga de la tribulacion, ò ſe nos daran fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Para compañia deſte camino, como confio de aquellos tres mas amados Diſcipulos S. Pedro, Santiago, y S. Juan, los quales avian ſido teſtigos de ſu glorioſa Transfiguracion, para que ellos miſmos vieſſen quan diferente figura tomaba aora por amor de los hombres, el que tan glorioſo

ſe les avia moſtrado en aquella viſion. Y porque entendieſſen que no eran menores los trabajos interiores de ſu anima, que los que por defuera comenzaba à deſcubrir, dixoles aquellas tan dolorosas palabras: Triſte eſtà mi anima haſta la muerte: eſperadme aqui, y velad commigo. Acabadas eſtas palabras, apartoſe el Señor de los Diſcipulos quanto un tiro de piedra, y poſtrado en tierra con grandiſſima reverencia comẽzo ſu Oracion, diciendo: Padre, ſi es poſſible

traſpaſſa de mi eſte Caliz: mas no ſe haga como yo lo quiero, ſino como tu. Y hecha eſta Oracion tres veces, la poſtrera fue puesto en tan grande agonia, que comenzò à ſudar gotas de ſangre, que iban por todo ſu Sagrado Cuerpo hilo à hilo, haſta caer en tierra. Conſidera, pues, al Señor en eſte paſſo tan doloroſo, y mira, como repreſentandoſele alli todos los tormentos que avia de padecer, y aprehendiendo perfectiſſimamente tan crueles dolores como ſe le aparejabã para el mas deli-

cado de los cuerpos, y poniendoſe delante todos los pecados del mundo, por los quales padecia; y el deſagradecimiento de tantas animas que no avian de reconocer eſte beneficio, ni aprovecharſe de tan grande, y tan coſtoſo remedio, fue ſu Anima en tanta manera anguſtiada, y ſus ſentidos, y carne delicadiſſima tan turbados, que todas las fuerzas, y elementos de ſu Cuerpo ſe deſtemplaron, y la carne bendita ſe abriò por todas partes, y diò lugar à la ſangre que manaſſe por toda

ella, en tanta abundancia, que corrieſſe haſta la tierra. Y ſi la carne que de ſola reducida padecia eſtos dolores, tal eſtava, què tal eſtaria el Alma Santiſſima, que derechamente los padecia? Mira deſpues como acabada la oracion, llegò aquel falſo, y traidor amigo, con aquella infernal compañia, renunciãdo ya el oficio de Apoſtolado, hecho Adalid, y Capitan del exercito de Satanàs. Mira qual ſin verguenza ſe adelantò primero que todos los demàs, y llegando al buen Maeſtro, le ven-

diò, y llegando de falſa paz. En aquella hora dixo el Señor à los que le venian à prender: Aſſi como à ladron ſalis à mi con eſpadas, y lanzas, aviendo yo eſtado con voſotros cada dia en el Templo, no eſtendiſteis las manos en mi, mas eſta es vueſtra hora, y el poder de las tinieblas.

Eſte es un myſterio de grande admiracion. Què coſa de mayor eſpanto, que vèr al Hijo de Dios tomar imagen, no ſolamente de pecador, ſino tambien de condenado? Eſta es (dice èl) vueſtra

hora, y el poder de las tinieblas. De las quales palabras ſe ſaca, que por aquella hora fue entregado aquel innocentiſſimo Cordero en poder de los Principes de las tinieblas, que ſon los demonios, para que por medio de ſus Miniſtros executaſſen en eſte Señor todos los tormentos, y crueldades que quiſieſſen: Pienſa, pues, aora tu (ŏ pecador !) haſta donde ſe abaxò aquella Alteza Divina por ti, pues llegò al poſtrero de todos los males, que es à ſer entregado en poder de los

demonios: y porque la pena que tus pecados merecia era esta, èl se quiso poner à esta pena, porque tu quedasses libre de ella.

Dichas estas palabras, arremetiò luego toda aquella manada de lobos hambrientos con aquel manso Cordero, y unos le arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como podia. O quan inhumanamente le tratarian! Quantas descortesias le dirian! Quantos golpes, y estirones le darian! Què de gritos, y voces alzarian, como suelen hacer los vencedores quando se

vèn ya con la preſſa! Toman aquellas ſantas manos, que poco antes avian obrado tantas marabillas, y atanlas mui fuertemente con unos lazos corredizos, haſta deſollarle los brazos, y haſta hacerle rebentar la ſangre, y aſſi lo llevan atado por las calles publicas con grande ignominia. Miralo mui bien qual và por eſte camino, deſamparado de ſus Diſcipulos, acompañado de ſus enemigos, el paſſo corrido, el huelgo apreſſurado, la color mudada, el roſtro ya encendido, y ſonroſado con la prieſſa del caminar:

y contempla en tã mal tratamiento de ſu Perſona, tanta compoſtura en ſu roſtro, tanta gravedad en ſus ojos, y aquel ſemblante Divino, que en medio de todas las deſcorteſias del mundo, nunca pudo ſer obſcurecido.

Luego puedes ir con el Señor à la caſa de Anàs, y mira como alli reſpondiendo el Señor corteſmẽte à la pregunta que el Pontifice le hizo ſobre ſus Diſcipulos, y Doctrina; uno de aquellos malvados, que preſentes eſtavan, le diò una gran bofetada en

ſu roſtro, diciendo: Aſſi has de reſponder al Pontifice? Al qual el Salvador benignamente reſpondiò: Si mal hablè, mueſtra en què; y ſi bien, por què me hieres? Mira, pues, aqui, ô anima mia, no ſolamente la manſedumbre deſta reſpueſta, ſino tambien aquel Divino roſtro ſeñalado, y colorado con la fuerza del golpe; y aquella meſura de ojos tan ſerenos, y tan ſin turbacion en aquella afrenta; y aquella Anima Sacratiſſima en lo interior tan humilde, y tan aparejada pa-

a volver la otra mexilla, i el verdugo lo demandara.

El Miercoles.

Este dia penfaràs en la preſẽtacion del Señor ante el Pontifice Caifàs, y en los trabajos de aquella noche, y en la negacion de San Pedro, y azotes à la Columna.

Primeramente, conſidera, como de la primera caſa de Anàs, llevan al Señor à la del Pontifice Caifàs, donde ſerà razon que lo vayàs acompañando, y ai veràs eclypſado el Sol.

de Juſticia, y eſcupido aquel Divino roſtro en que ſe deſeaban mirar los Angeles. Porque como el Salvador, ſiendo conjurado por el nombre del Padre, que dixeſſe quien era, reſpondieſſe à eſta pregunta lo que convenia: aquellos que tã indignos eran de tan alta reſpueſta, cegandoſe con el reſplandor de tan grande luz, volvieronſe contra èl como perros rabioſos, y alli deſcargaron ſobre èl todas ſus iras, y rabias.

Alli todos à porfia le dàn bofetones, y peſcozones;

alli le eſcupen con ſus infernales, y malditas bocas en aquel Divino, y Celeſtial roſtro; alli le cubren los ojos con un paño, dandole bofetadas en la cara; juegan con èl, diciendo: Adivina quien te diò. O marabilloſa humildad, y paciencia del Hijo de Dios! O hermoſura de los Angeles! Què roſtro era eſſe para eſcupir en èl? Al rincon mas deſpreciado ſuelen volver los hombres la cara quando quieren eſcupir, y en todo eſſe Palacio no ſe halla otro lugar mas deſpreciado que ſu

roſtro para eſcupir. Como no te humillas con eſte exemplo tierra, ceniza!

Deſpues deſto conſidera los trabajos que el Salvador paſsò toda aquella noche dolorosa; porque los Soldados que le guardaban, eſcarnecian dèl (como dice S. Lucas) y tomaban por medio para vencer el ſueño de la noche, eſtàr burlando, y jugando con el Señor de la Mageſtad. Mira, pues, anima mia, como tu dulciſſimo Eſpoſo eſtà pueſto como blãco à las ſaetas de tantos golpes, y bofetadas como

alli le daban. O noche cruel! O noche desassossegada, en la qual, buen Jesus, no dormias, ni dormian los que tenian por descanso atormentarte! La noche fue ordenada para que en ella todas las criaturas tomassen reposo, y los sentidos, y miembros, cansados de los trabajos del dia, descansassen, y esta toman aora los malos para atormentar todos tus miembros, y sentidos: hiriẽdo tu cuerpo, afligiendo tu Anima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu

roſtro, y atormentando tus oidos; porque en el tiempo en que todos los miembros ſuelen deſcanſar, todos ellos en ti penaſſen, y trabajaſſen. Què Maytines eſtos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarian los Coros de Angeles en el Cielo, alli dicen: Santo, Santo; acà dicen: Muera, muera crucificado. O Angeles del Paraìſo, que las unas, y las otras voces oiais! Què ſentiades viendo tan maltratado en la tierra aquel à quien voſotros con tanta reverencia tratais en el Cielo?

Cielo ? Què ſentiades viendo que Dios tales coſas padecia por los miſmos que tales coſas hacian ? Quien jamàs oyò tal manera de caridad, que padezca uno muerte por librar de la muerte al miſmo que ſe la dà ?

Crecieron ſobre eſto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negacion de S. Pedro, aquel tan familiar amigo, aquel eſcogido, para vèr la gloria de la Transfiguracion, aquel entre todos honrado con el Principado de la Igleſia : eſſe primero que

todos, no una, ſino tres veces, en preſencia del miſmo Señor, jura, y perjura que no le conoce, ni ſabe quien es. O Pedro! tan mal hombre es eſſe que aì eſtà, que por tã grave verguenza tienes aun averlo conocido? Mira que eſſo es condenarle tu primero que los Pontifices; pues dàs à entender, que èl ſea perſona tal, que tu miſmo te deshonras de conocerlo. Pues que mayor injuria puede ſer que eſſa? Volviòſe entonces el Salvador, y mirò à Pedro, vãſele los ojos tras aquella O-

veja que ſe le avia perdido. O viſta de marabilloſa virtud ! O viſta callada, mas grãdemente ſignificativa ! Bien entendiò Pedro el lenguaje, y las voces de aquella viſta; pues las que diò el Gallo no baſtaron para deſpertarle, y eſtas sì. Mas no ſolamente hablan, ſino juntamente obran los ojos de Chriſto Redemptor nueſtro, y las lagrimas de Pedro lo declaran; las quales no manaron tanto de los ojos de Pedro, quãto de los ojos de Chriſto.

Deſpues de todas eſtas injurias, conſidera los a-

zotes que el Salvador padeciò à la Columna : porque el Juez, viſto que no podia aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinò hacer en èl un tan famoſo caſtigo, que baſtaſſe para ſatisfacer à la viſta de aquellos tan crueles corazones, para que contentos con eſto, dexaſſen de pedir la muerte. Entra, pues, aora, anima mia, con el eſpiritu en el Pretorio de Pilatos, y lleva contigo las lagrimas aparejadas, que ſeràn bien meneſter para lo que alli veràs, y oiràs. Mira como

aquellos crueles, y viles carniceros deſnudã el Salvador de ſus veſtiduras con tanta inhumanidad, y como èl ſe dexa deſnudar dellos con tanta humildad, ſin abrir la boca, ni reſponder palabra à tantas deſcorteſias como alli le hariã. Mira como luego atãaquel ſãto Cuerpo à una Columna, para que aſſi lo pudieſſen herir à ſu placer, donde, y como èllos quiſieſſen. Mira quã ſolo eſtaba el Señor de los Angeles entre tan crueles verdugos ſin tener de ſu parte, ni valedores que hicieſſen por

èl, ni aun ſi quiera ojos que ſe compadecieſſen dèl. Mira como luego comienzan con grandiſſima crueldad à deſcargar ſus fatigas, y diſciplinas ſobre aquellas delicadiſſimas carnes, y como ſe añaden azotes ſobre azotes, llagas ſobre llagas, y heridas ſobre heridas. Alli veras luego ceñirle aquel Sacratiſſimo Cuerpo de cardenales, raſgãdole los cueros, rebentar la Sãgre, y correr à hilos por todas partes. Mira ſobre todo eſto, que ſerà vèr aquella tan grãde llaga que en medio de las eſpal-

las eſtaria abierta, à donde principalmente caian todos los golpes.

Conſidera luego acabados los azotes, como el Señor ſe cubria, y como andaria por todo aquel Pretorio buſcãdo ſus veſtiduras, en preſencia de aquellos crueles carniceros, ſin que nadie le ſirvieſſe, ni ayudaſſe, ni proveyeſſe de ningun lavatorio, ni refrigerio de los que ſe ſuelen dàr à los que aſſi quedan llagados. Todas eſtas ſon coſas dignas de grande ſentimiento, agradecimiento, y conſideracion.

EL JUEVES.

ESTE dia ſe ha de penſar en la coronacion de Eſpinas, y el *Ecce Homo*, y como el Salvador llevò la Cruz acueſtas.

A la conſideracion deſtos paſſos tan doloroſos, nos convida la Eſpoſa en el libro de los Cantares, por aqueſtas palabras: Salid hijas de Sion, y mirad al Rey Salomon con la Corona que le coronò ſu Madre en el dia de ſu deſpoſorio, y en el dia del alegria de ſu corazon. O anima mia, què haces? O corazon

mio, què pienſas? Lengua mia, como has enmudecido? O mui-dulciſſimo Salvador! Quando yo abro los ojos, y miro eſte retablo tan doloroſo que aqui ſe me pone delante, el corazon ſe me parte de dolor. Pues como, Señor, no baſtaban ya los azotes paſſados, y la muerte venidera, y tanta ſangre derramada, ſino que por fuerza avian de ſacar las eſpinas de la Sangre de la Cabeza, à quien los azotes perdonaron? Pues para que ſientas algo, anima mia, deſte paſſo tan dolo-

roſo, pon primero antes tus ojos la Imagen antigua de eſſe Señor, y la gran excelencia de ſus virtudes; luego vuelve à mirar de la manera que aqui eſtà. Mira la grandeza de ſu hermoſura, la meſura de ſus ojos, la dulzura de ſus palabras, ſu autoridad, ſu manſedumbre, ſu ſerenidad, y aquel aſpecto ſuyo de tanta veneracion. Y deſpues que aſſi le huvieres mirado, y deleitado de vèr una tan acabada figura, vuelve los ojos à mirarle tal qual aqui le vès, cubierto con aquella Purpura de eſcar-

nio , la caña por cetro Real en la mano , y aquella horrible Diadema en la cabeza , aquellos ojos mortales , aquel roſtro difunto , y aquella figura toda borrada con la Sangre , y afeadas con ſalivas, que por todo el roſtro eſtaban tendidas. Mirale todo de dentro , y fuera el corazon atraveſſado con dolores , el cuerpo lleno de llagas , deſamparado de ſus Diſcipulos , perſeguido de los Judios , eſcarnecido de los Soldados , deſpreciado de los Pontifices, deſechado del Rey iniquo ,

acuſado injuſtamente, y deſamparado de todo favor humano. Y no pienſes eſto como coſa ya paſſada, ſino como preſente; no como dolor ajeno, ſino como tuyo proprio, à ti miſma te ponen en lugar del que padece, y mira lo que ſentiràs, ſi en una parte tan ſenſible, como es la cabeza te hincaſſen muchas, y mui agudas eſpinas, que penetraſſe haſta los hueſſos; y què digo eſpinas? Una ſola punta de alfiler que fueſſe, apenas lo podrias ſufrir: pues què ſentiria aquella delicadiſſi-

ma cabeza con eſte linage de tormento ?

Acabada la coronacion, y eſcarnios del Salvador, tomòle el Juez por la mano, aſſi como eſtaba tan maltratado, ſacandole à viſta del Pueblo furioſo, y dixoles : *Ecce Homo.* Como ſi dixera : Si por invidia le procurabades la muerte, veiſle aqui tal que no eſtà para tenerle invidia, ſino laſtima.

Temiades no ſe hicieſſe Rey ? Veiſlo aqui tan desfigurado, que apenas parece hombre. Deſtas manos atadas, què os temeis ? A

eſte Hombre azotado ; què mas le demandais ?

Por aqui puedes entender, anima mia, que tal faldria entonces el Salvador, pues el Juez creyò que baſtaba la figura que alli traia para quebrantar el corazon de tales enemigos ; en lo qual puedes bien entender quan mal caſo ſea no tener un Chriſtiano compaſſion de los dolores de Chriſto, pues ellos eran tales, que baſtaban (ſegun el Juez creyò) para ablandar unos tan fieros corazones.

Pues como Pilatos vieſſe

que no baſtaban las injuſti-
cias que le avian hecho en
aquel Santiſſimo Cordero
para amanſar el fruto de
ſus enemigos, entrò en el
Pretorio, y aſſentandoſe
en el Tribunal para dàr fi-
nal ſentencia en aquella
cauſa, y eſtaba ya à las
puertas aparejada la Cruz,
y aſſomaba por lo alto a-
quella temeroſa vandera,
amenazando la cabeza
del Salvador. Dada, pues,
ya, y promulgada la ſen-
tencia tan cruel, añaden
los enemigos una crueldad
à otra, que fue cargar ſo-
bre aquellas eſpaldas tan

molidas, y deſpedazadas con los azotes paſſados, el madero de la Cruz. No rehusò con todo eſto el piadoſo Señor eſta carga, en la qual iban todos nueſtros pecados, ſino antes la abrazò con ſumma caridad, y obediencia por nueſtro amor.

Camina, pues, el inocente Iſaac al lugar del ſacrificio con aquella carga tan peſada ſobre ſus ombros tan flacos, ſiguiendoles muchas gentes, y muchas piadoſas mugeres, que con ſus lagrimas le acompañaban. Quien no a-

via de derramar lagrimas, viendo al Rey de los Angeles caminar paſſo à paſſo con aquella carga tan peſada, temblando las rodillas, inclinando el cuerpo, los ojos meſurados, el roſtro ſangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzoſos clamores, y pregones que daban contra él?

Entre tanto, anima mia, aparta un poco los ojos deſte cruel eſpectaculo, y con paſſos apreſſurados, con aquexados gemidos, con ojos lloroſos camina

por el Palacio de la Virgen, y quando à ella llegares, derribado ante los pies, comienza à decir con dolorosa voz: O Señora de los Angeles, Reina del Cielo, Puerta del Cielo, Abogada del mundo, Refugio de los pecadores, Salud de los Justos, Alegria de los Santos, Maestra de las virtudes, Espejo de limpieza, Titulo de castidad, Dechado de paciencia, y summa de toda perfeccion! Ay de mi! Señora mia, para què se ha guardado mi vida para esta hora? Como pue-

do yo vivir aviendo visto con mis ojos lo que vi? Para què son mis palabras? Dexo à tu unigenito Hijo, y mi Señor en manos de sus enemigos, con una Cruz à cuestas, para ser en ella ajusticiado.

Què sentido puede aqui alcanzar hasta donde llegò este dolor à la Virgen? Desfalleciò aqui su anima, y cubriòse aqui la cara, y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastàra para acabarle la vida, si la dispensacion Divina no la aguardara para mayor corona.

Camina, pues la Santíſſima Virgen en buſca del Hijo, dandole el deſeo de vèrle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye deſde lexos el ruido de las armas, y el tropel de las gentes, y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Vè luego reſplandecer los hierros de las lanzas, y alabardas, que aſſomaban por lo alto: halla en el camino las gotas, y el raſtro de la Sangre, que baſtaban ya para moſtrarſe los paſſos del Hijo, y guiarla ſin otra guia. Acercaſe mas, y mas

à ſu amado Hijo, y tiende ſus ojos obſcurecidos con el dolor, y ſombra de la muerte, para vèr (ſi pudieſſe) al que tanto amaba ſu anima. O amor, y temor del corazon de Maria! Por una parte deſeaba vèrle, y por otra rehuſaba vèr tan laſtimera figura.

Finalmente, llegada ya donde le pudieſſe vèr: miranſe aquellas dos lumbreras del Cielo una à otra, y atravieſſanſe los corazones con los ojos, y hieren con ſus viſtas ſus animas laſtimadas. Las llagas eſtaban enmudecidas, mas el

corazon de la Madre hablaba, y el del Hijo dulcissimo, le decia: Para què veniste aqui Paloma mia, querida mia, y Madre mia? Tu dolor acrecienta el mio, y tus tormentos me atormentan à mi. Vuelvete, Madre mia, vuelvete à tu posada, que no pertenece à tu verguenza, y pureza virginal, compañia de homicidas, y ladrones.

Estas, y otras mas lastimeras palabras se hablarian aquellos piadosos corazones: y desta manera se anduvo aquel trabajoso ca-

mino, hasta el lugar de la Cruz.

EL VIERNES.

ESTE dia se ha de contemplar el Mysterio de la Cruz, y las siete palabras que el Señor hablò. Despierta, pues, aora, anima mia, y comienza à pensar el Mysterio de la Santa Cruz, por cuyo fruto se reparò el daño de aquel venenoso fruto del arbol vedado. Mira primeramente, como llegando ya el Salvador à este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuesse mas

vergonzoſa ſu muerte) lo deſnudan de todas ſus veſtiduras, haſta la tunica interior, que era toda texida de alto à baxo, ſin coſtura alguna. Mira, pues, aqui con quanta manſedumbre ſe dexa deſollar aquel Inocentiſſimo Cordero, ſin abrir ſu boca, ni hablar palabra contra los que aſſi le trataban. Antes de mui buena voluntad conſentia el Señor ſer deſpojado de ſus veſtiduras, y quedarſe à la verguenza deſnudo; porque con ellas ſe cubrieſſe mejor que con las hojas de higuera, la

la deſnudez en que por
pecado caimos.

Dicen algunos Doctore
que para deſnudar el Se
ñor eſta tunica, le quita
ron con grande crueldá
la Corona de eſpinas qu
tenia en la cabeza, y de
pues ya deſnudo ſe la vol
vieron à poner, y à hin
carle otras vez las eſpina
por el cerebro, que ſeri
coſa de grandiſſimo dolo
Y es de creer cierto que u
ſarian deſta crueldad lo
que de otras muchas,
mui eſtrañas uſaron con
en todo el proceſſo de
paſſion: mayormente c

ciendo el Evangeliſta, que hicieron en èl todo lo que quiſieron. Y como la tunica eſtaba pegada à las llagas de los azotes, y la Sangre eſtaba ya elada, y pegada con la miſma veſtidura, al tiempo que ſe la deſnudaron, como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados, deſpegaronſela de golpe, y con tanta fuerza, que le deſſollaron, y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera, que el Santo Cuerpo quedò por todas partes abierto, y como deſcortezado, y he-

cho todo una grande llaga, que por todas partes manaba Sangre.

Conſidera, pues, aqui, anima mia, la alteza de la Divina bondad, y miſericordia, que en eſte Myſterio tan claramente reſplandece: mira como aquel que viſte los Cielos de nubes, y los campos de flores, y hermoſura, es aqui deſpojado de todas ſus veſtiduras: conſidera el frio que padecia aquel Santo Cuerpo, eſtando como eſtaba deſpezado, y deſnudo, no ſolo de ſus veſtiduras, ſino tãbien de los cue-

ros de la piel, y con tantas puertas de llagas abiertas por todo èl. Y ſi eſtando S. Pedro veſtido, y calzado la noche antes, padecia frio; quanto mayor lo padeceria aquel delicadiſſimo Cuerpo, eſtando tan llagado, y deſnudo?

Deſpues deſto, conſidera como el Señor fue enclavado en la Cruz, y el dolor que padeceria al tiempo que aquellos clavos grueſſos, y eſquinados entraban por las mas ſenſibles, y mas delicadas partes del mas delicado de todos los cuerpos. Y mira tambien

lo que la Virgen ſentiria quando vieſſe con ſus ojos, y oyeſſe con ſus oidos los crueles, y duros golpes que ſobre aquellos miembros Divinales tan amenudo caian; porque verdaderamente aquellas martilladas, y clavos al Hijo paſſaban las manos, mas à la Madre herian el corazon.

Mira como luego levantaron la Cruz en alto, y la fueron à hincar en un hoyo, que para eſto tenian hecho, y como (ſegun eran crueles los Miniſtros) al tiempo del aſſentar la dexarian caer de golpe, y

aun eſtremeceria todo aquel Santo Cuerpo en el aire, y ſe raſgarian mas los agujeros de los clavos, que ſeria coſa de intolerable dolor.

Pues Salvador, y Redemptor mio, què corazon avrà tan de piedra, que no ſe parta de dolor (pues en eſte dia ſe partieron las piedras) conſiderando los que padeces en eſſa Cruz? Cercadote han, Señor mio, ſudores de muerte; embeſtido hã ſobre ti todos los vientos, y olas de la mar; atollado has en el profundo de los

abyſmos, y no hallas ſobre que eſtrivar. El Padre te ha deſamparado, què eſperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te quiebran el corazon, tu Anima eſtà afligida, y no admites ningun conſuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu potencia lo declara.

Veote Rey mio, coſido con un madero, no ay quien ſoſtenga tu Cuerpo, ſino tres garfios de hierro, dellos cuelga tu ſagrada carne ſin tener otro refrigerio. Quando cargas el Cuerpo ſobre los pies,

deſgarranſe las heridas de los pies con los clavos que tienen atraveſſados ; quando los cargas ſobre las manos , con el peſo del Cuerpo. Pues la ſanta Cabeza, atormentada , y enflaquecida con la Corona de Eſpinas , què almohada la ſoſtenia ? O quan bien empleados fueron alli vueſtros brazos , ſereniſſima Virgen , para eſte oficio ; mas no ſerviràn aora alli los vueſtros , ſino los de la Cruz. Sobre ellos ſe reclinarà la Sagrada Cabeza quando quiſiere deſcanſar, y el refrigerio que dello

ecibirà, ſerà hincarſe mas las eſpinas por el cerebro.

Crecieron los dolores del Hijo con la preſencia de la Madre, con los quales no menos eſtaba ſu corazon crucificado de dentro, que el Sagrado Cuerpo eſtaba defuera. Dos Cruces ay para ti, buen Jesus, y bien nueſtro, en eſte dia, una para el Cuerpo, y otra para el Anima: la una es paſſion, y la otra de compaſſion: la una traſpaſsò el Cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu Anima Santiſſima con clavos de dolor. Quien po-

dria, ô buen JESUS, declarar lo que ſentias quando conſiderabas las anguſtias de aquella Anima Santiſſima, la qual tan de cierto ſabias eſtar contigo crucificada en la Cruz? Quando veias aquel piadoſo corazon traſpaſſado, y atraveſſado con cuchillo de dolor. Quando tendias los ojos ſangrientos, y mirabas aquel Divino Roſtro cubierto de amarillez de muerte; y aquellas anguſtias de ſu animo ſin muerte, va mas que muerto: y aquellos rios de lagrimas, que de ſus puriſſimos ojos

ſalian, y oias los gemidos que ſe arrancaban de aquel ſagrado Pecho, exprimidos con peſo de tan grandioſo dolor.

Deſpues deſto puedes conſiderar aquellas ſiete palabras que el Señor hablò en la Cruz, de las quales la primera fue: Padre, perdona à eſtos, que no ſaben lo que ſe hacen. La ſegunda al Ladron: Oy ſeràs commigo en el Paraìſo. La tercera à ſu Madre Santiſſima: Muger, cata aì à tu Hijo. La quarta, Sed he. La quinta: Dios mio, Dios mio, por què me de-

ſamparaſte ? La ſexta : Acabado es. La ſeptima : Padre, en tus manos encomiendo mi eſpiritu. Mira, pues, ò alma mia, con quanta caridad en eſtas palabras encomendò ſus enemigos al Padre : con quanta miſericordia recibiò al Ladron que le confeſſaba : con què entrañas encomendò la piadoſa Madre al amado Diſcipulo : con quãta ſed, y ardor moſtrò que deſeaba la ſalud de los hombres : con què dolorosa voz derramò ſu corazon, y pronunciò ſu tribulacion ante el acatamiento

Divino: como llevò haſta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre: y como finalmente encomendò ſu eſpiritu, y ſe reſignò todo en ſus benditiſſimas manos.

Por do parece, como en cada una deſtas palabras eſtà encerrado un ſingular documento de virtud. En la primera, ſe nos encomienda la caridad para con los enemigos. En la ſegũda, la miſericordia para con los pecadores. En la tercera, la piedad para con los Padres. En la quarta, el deſeo de la ſalud de

los proximos. En la quinta, la oracion en las tribulaciones, y deſamparos de Dios. En la ſexta, la virtud de la obediencia, y perſeverancia. Y en la ſeptima, la perfecta reſignacion en las manos de Dios, que es la ſuma de toda nueſtra perfeccion.

EL SABADO.

ESTE dia ſe ha de contemplar la lanzada que ſe diò al Salvador, y el deſcendimiento de la Cruz, con el llãto de nueſtra Señora, y oficio de la ſepultura. Conſidera, pues,

como aviendo ya eſpirado el Salvador en la Cruz, y cumpliendoſe el deſeo de aquellos crueles enemigos, que tãto deſeabã vèrle muerto; aun deſpues de eſſo no ſe apagò la llama de ſu furor; porque con todo eſſo ſe quiſieron mas vengar, y encarnizar en aquellas ſantas Reliquias, que quedaron partiendo, y echãdo ſuertes ſobre ſus veſtiduras, y raſgando ſu ſagrado Pecho con una lãza cruel. O crueliſſimos Miniſtros! O corazones de hierro! Y tan poco os parece lo que ha padecido

el cuerpo vivo, que no le quereis perdonar, aun deſpues de muerto? Què rabia, y enemiſtad ay tã grãde, que no ſe aplaque quãdo vè al enemigo muerto delãte de sì? Alzad un poco eſſos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, y aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de roſtro, y aquella amarillez, y ſombra de muerte: que aunque ſeais mas duros que el hierro, y que el diamante, y que voſotros miſmos, viendolo os amanſareis. Llega, pues, el Miniſtro con la lanza en la mano, y

atravieſſala con grãde fuerza por los pechos deſnudos del Salvador. Eſtremeciòſe la Cruz en el aire con la fuerza del golpe, y ſaliò de alli agua, y ſangre, con que ſe ſanan los pecados del mundo. O rio, que ſales del Paraìſo, y riegas con tus corrientes toda la ſobre haz de la tierra! O llaga del Coſtado precioſo, hecha mas con el amor de los hombres, que con el hierro de la lanza cruel! O puerta del Cielo, ventana del Paraìſo, lugar de refeccion, Sãtuario de los Juſtos, ſe-

pultura de Peregrinos, nido de las Palomas fencillas, y lecho florido de la Eſpoſa de Salomon ! Dios te ſalve llaga del Coſtado precioſo, que llagas los devotos corazones, heridas, que hieres las animas de los Juſtos; Roſa de inefable hermoſura, Rubi de precio inefable, Entrada para el Corazon de Chriſto, Teſtimonio de ſu amor, y prenda de la vida perdurable.

Deſpues deſto conſidera como aquel miſmo dia en la tarde llegaron aquellos dos Sãtos varones Joſeph,

r Nicodemus, y arrimadas ſus eſcaleras à la Cruz, deſcendieron en brazos el Cuerpo del Salvador. Como la Virgen viò que acabada ya la tormenta de la Paſſion, llegaba el Sagrado Cuerpo à tierra, apareja ſe ella para dàrle puerto ſeguro en ſus brazos, y recibirlo de los brazos de la Cruz en los ſuyos. Pide, pues, con grande humildad à aquella noble gente, que pues no ſe avia deſpedido de ſu Hijo, ni recibido dèl los poſtreros abrazos en la Cruz al tiempo de ſu partida, que la de-

xen aora llegar à èl, y no quieran que por todas partes crezca ſu deſconſuelo, quitado por un cabo por los enemigos vivo, aora los amigos ſe le quiten muerto. Pues quando la Virgen lo tuvo en ſus brazos, què lengua podrà explicar lo que ſintiò? O Angeles de la paz, llorad con eſta Sagrada Virgen, llorad Cielos, llorad Eſtrellas del Cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llãto de Maria. Abrazaſe la Madre con el Cuerpo deſpedazado, aprietalo fuertemente en

ſus pechos (para ſolo eſto le quedabã fuerzas) mete ſu cara entre las eſpinas de la Sagrada Cabeza, juntãſe roſtro con roſtro, uneſe la cara de la Sacratiſſima Madre con la ſãgre del Hijo, y riega la del Hijo con lagrimas de la Madre. O dulce Madre! Es eſſe por ventura vueſtro dulciſſimo Hijo? Es eſſe el que concebiſteis con tanta gloria, y pariſteis con tanta alegria? Pues què ſe hicieron vueſtros gozos paſſados? Donde ſe fueron vueſtras alegrias antiguas? Donde eſtà aquel eſpejo de her-

moſura en que os miravades ? Lloraban todos los que preſentes eſtavã, y lloraban aquellas Sãtas mugeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraban el Cielo, y la tierra, y todas las criaturas acompañabã las lagrimas de la Sacratiſſima Virgen. Lloraba otroſi el Santo Evangeliſta, y abrazado con el Cuerpo de ſu Maeſtro, decia: O buen Maeſtro, y Señor mio ! quien me enſeñarà de aqui adelante? A quien irè con mis dudas ? En cuyos pechos deſcanſarè ? Quien me darà parte de los ſecre-

os del Cielo? Què mudanza ha ſido eſta tan extraña! Antenoche me tuviſte en tus Sagrados Pechos, dandome alegria de vida, y aora te pago aquel tã grãde beneficio teniendote en los mios muerto. Eſte es el roſtro que vi transfigurado en el monte Tabor? Eſta es aquella figura mas clara que el Sol de medio dia? Lloraba tambien aquella ſanta pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decia: O lumbre de mis ojos! remedio, y conſuelo de mi anima! ſi me

viere fatigada de los peca-dos, quien me recibirà? Quien curarà mis llagas? Quien reſponderà por mi? Quien me defenderà de los Fariſeos? O quã de o-tra manera tuve yo eſtos pies, y los lavè quando en ellos me recibiſteis! O amado de mis entrañas, quien me dieſſe aora que yo murieſſe contigo! O vida de mi anima! como puedo decir que te amo, pues eſtoi viva, teniendo-te delante de mi muerto.

Deſta manera llorabã, y lamentabã toda aquella sã-ta compañia, regando, y lavando

lavando con lagrimas, el Cuerpo Sagrado. Llegada, pues, ya la hora de la ſepultura, envuelven el Sãto Cuerpo en una ſabana limpia, atan ſu roſtro con un ſudario, y pueſto encima de un lecho, caminan con èl al lugar del Monumento, y alli depoſitan aquel precioſo teſoro. El Sepulcro ſe cubriò con una loſa; y el corazon de ſu Madre con una obſcura niebla de triſteza. Alli ſe deſpide otra vez de ſu Hijo; alli comienza de nuevo à ſentir ſu ſoledad; alli ſe veia deſpoſſeida de todo

ſu bien ; alli ſe le quedaba el corazon ſepultado , donde quedaba ſu teſoro.

EL DOMINGO.

ESTE dia podràs penſar la deſcendida del Señor al Limbo , y el aparecimiento à la Virgen nueſtra Señora , y à la Santa Magdalena , y à los Diſcipulos. Y deſpues el Myſterio de ſu glorioſa Aſcenſion.

Quanto à lo primero , conſidera , que tã grãde feria el alegria que aquellos Santos Padres del Limbo recibiriã eſte dia con la viſitacion , y preſencia de ſu

Libertador, y que gracias, y alabãzas le darian por eſta ſalud tã deſeada, y eſperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en Eſpaña, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegacion paſſada, por el alegria que reciben el dia que vuelven à ſu tierra : pues ſi eſto hace la navegacion, y deſtierro de un año, ù de dos años, què haria el deſtierro de tres, ò quatro mil años, el dia que recibieſſe tã grã ſalud, y vinieſſe à tomar puerto ẽ la tierra de los vivientes.

Conſidera tãbien el alegria que la Sacratiſſima Virgẽ recibiria eſte dia con la viſta del Hijo reſucitado; pues es cierto, que aſſi como ella fue la que mas ſintiò los dolores de ſu Paſſion, aſſi fue la que mas gozò del alegria de la Reſurreccion. Pues que ſentiria quando vieſſe ante sì su Hijo vivo, y glorioſo, acompañado de todos aquellos Santos Padres que con èl reſucitaron? Què haria? Què diria? Quales ſeriã ſus abrazos, y beſos, y las lagrimas de ſus ojos piadoſos, y los deſeos de

irſe tras èl, ſi le fuera concedido ?

Conſidera el alegria de aquellas Sãtas Marias, y eſpecialmente de aquella que perſeveraba llorando par del Sepulcro, quando vieſſe el amado de ſu anima, y ſe derribaſſe à ſus pies, y hallaſſe reſucitado, y vivo al que buſcaba, y deſeaba vèr ſi quiera muerto : y mira bien, que deſpues de la Madre, à aquella primero apareciò que mas amò, mas perſeverò, mas llorò, y mas ſolicitamente lo buſcò : para que aſſi tengas por cierto que

hallaràs à Dios, ſi con eſtas miſmas lagrimas, y diligencias lo buſcares.

Conſidera de la manera que apareciò à los Diſcipulos que iban à Emaùs en abito de Peregrinos: y mira quã afable ſe le moſtro, quan familiarmente los acompañò, quã dulcemente ſe les diſſimulò, y al cabo, quã amoroſamente ſe les deſcubriò, y los dexò con toda la miel, y ſuavidad en los labios. Sean, pues tales tus platicas, quales eran las deſtos; y trata con dolor, y ſentimiento lo que tratabã eſtos

(que eran los dolores, y trabajos de Chriſto) y ten por cierto, que no te faltarà ſu preſencia, y compañia, ſi tuvieres ſiempre eſta memoria.

Acerca del Myſterio de la Aſcenſion, conſidera primeramente, como dilatò el Señor la ſubida à los Cielos por eſpacio de quarenta dias, en los quales apareciò muchas veces à ſus Diſcipulos, y los enſeñaba, y platicaba con ellos del Reino de Dios. De manera, que no quiſo ſubir à los Cielos, ni apartarſe dellos, haſta que los

dexò tales, que pudieſſen con el eſpiritu ſubir al Cielo con èl. Donde veràs, que à aquellos deſampara muchas veces la preſencia corporal de Chriſto (eſto es, la conſolacion ſenſible de la devocion) que pueden ya con el eſpiritu bolar à lo alto, y eſtàr mas ſeguros del peligro. En lo qual maravilloſamente reſplãdece la providencia de Dios, y la manera que tiene en tratar à los ſuyos en diverſos tiempos, como regala los flacos, y exercita los fuertes, dà leche à los pequeñuelos, y deſteta

à los grãdes, conſuela los unos, y prueba los otros; y aſſi trata à cada uno ſegun el grado de ſu aprovechamiento. Por donde, ni el regalado tiene porque preſumir; pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el deſconſolado, porque deſmayar, pues eſto es muchas veces indicio de fortaleza.

En preſencia de los Diſcipulos, y viendolos ellos, ſubiò al Cielo, porque ellos avian de ſer teſtigos de eſtos Myſterios; y ninguno es mejor teſtigo de las obras de Dios, que es el

que las ſabe por experiencia.

Si quieres ſaber de veras quã bueno es Dios, quan dulce, y quan ſuave, y amoroſo para con los ſuyos, quã ſea la virtud, y eficacia de ſu gracia, de ſu amor, de ſu providencia, y de ſus conſolaciones: preguntalo à los que lo hã probado, que eſtos te daràn dello ſuficientiſſimo teſtimonio. Quiſo tambien que le vieſſen ſubir à los Cielos, para que le guiaſſen con los ojos, y con el eſpiritu, para que ſentieſſen ſu partida, para que les

hicieſſe ſoledad la auſencia ; porque eſte era el mas conveniente aparejo para recibir ſu gracia. Pidiò Eliſeo à Elias ſu eſpiritu , y reſpondiòle el buen Maeſtro : Si vieres quando me parto de ti, ſerà lo que pediſte. Pues aquellos ſeràn herederos del eſpiritu de Chriſto , à quien el amor hiciere ſentir la partida de Chriſto , los que ſintieren ſu auſencia , y quedaren en eſte deſtierro ſuſpirando ſiempre por ſu preſencia. Aſſi lo ſentia aquel ſanto varon que deçia : Fuiſtete conſolador

mio, y no te deſpediſte de mi: yendo por tu camino bendixiſte los tuyos, y no los vi: los Angeles prometieron que volverias, y no lo vi, &c.

Pues qual ſeria la ſoledad, el ſentimiento, las voces, y las lagrimas de la Sacratiſſima Virgen, del amado Diſcipulo, y de la Santa Magdalena, y de todos los Apoſtoles, quãdo vieſſen irſeles, y deſaparecer de ſus ojos aquel, que tan robados tenia ſus corazones? Y con todo eſto ſe dice, que volvieron à Jeruſalen con grande gozo,

por lo mucho que le amaban ; porque el miſmo amor que les hacia ſentir tanto ſu partida , por otra parte les hacia gozar de ſu gloria ; porque el verdadero amor no ſe buſca à sì , ſino al que ama.

Reſta conſiderar con quãta gloria , con que alegria, y con que voces , y alabanzas ſeria recibido aquel noble Triunfador en la Ciudad ſoberana : qual ſeria la fieſta, y recibimiento que le hariã ? Què ſeria ver alli ajuntados en uno hombre, y Angeles , y todos à una caminar à aquella noble

Ciudad, y poblar aquellas ſillas deſiertas de tantos años, y vèr ſubir todos aquella Sacratiſſima humanidad, y aſſentarſe à la dieſtra del Padre! Todo es mucho de conſiderar, para que ſe vea quã bien empleados ſon los trabajos por amor de Dios, y como el que ſe humillò, y padeciò mas que todas las criaturas, es aqui engrãdecido, y levãtado ſobre todas ellas, para que por aqui entiendan los amadores de la verdadera gloria, el camino que han de llevar para alcãzar, que es deſcender

para ſubir, y ponerſe debaxo de todos, para ſer levantados ſobre todos.

CAPITULO V.

De ſeis coſas que pueden intervenir en el exercicio de la Oracion.

ESTAS ſon, Chriſtiano Lector, las Meditaciones en que te puedes exercitar los dias de la ſemana, para que aſſi no te falte materia en que penſar. Mas aqui es de notar, que antes deſta Meditacion pueden preceder algunas coſas, y ſeguirſe deſpues otras anexas, y ſon como vecinas dellas.

Porque primeramente, antes que entremos en la Meditacion, es neceſſario aparejar el corazon para eſte ſanto exercicio, que es como quien templa la vihuela para tañer.

Deſpues de la preparacion ſe ſigue la leccion del paſſo que ſe ha de meditar en aquel dia, ſegun el repartimiento de los dias de la ſemana, como arriba lo tratamos. Lo qual ſin duda es neceſſario à los principios, haſta que el hombre ſepa lo que ha de meditar.

Deſpues de la meditacion ſe puede ſeguir ũ de-

voto hazimiento de gracias por los beneficios recibidos: y un ofrecimiento de toda nueſtra vida, y de la de Chriſto nueſtro Salvador, en recompenſa dellos.

La ultima parte es la peticion, que propriamente ſe llama Oracion, en la qual pedimos todo aquello que conviene, aſſi para nueſtra ſalud, como para la de nueſtros proximos, y de toda la Igleſia.

Eſtas ſeis coſas pueden entrevenir en la oracion: las quales entre otros provechos, tienen tãbien eſ-

te, que dan al hombre mas copioſa materia de medras, poniendo le delante todas eſtas diferencias de manjares, para que ſino pudiere comer de uno, coma de otro, para que ſi en una coſa ſe acabare el hilo de la meditacion, entre luego en otra donde ſe la ofrezca otra coſa en que meditar.

Bien es verdad, que ni todas eſtas partes, ni eſta orden es ſiempre neceſſaria, ãtes todavia ſervirà eſto à los que comienzan, para que tengan alguna orden, è hilo, por donde ſe puedã al principio regir, y

por eſto de ninguna coſa que aqui dixere, quiero que ſe haga perpetua, ni regla general, porque mi intento no fue hacer ley, ſino introducion para imponer à los nuevos en eſte camino, en el qual deſpues que huvieren entrado, el uſo, y la experiencia, y mucho mas el Eſpiritu Santo les enſeñarà lo demàs.

CAPITULO VI.

De la preparacion que ſe requiere para antes de la Comunion.

AORA ſerà bien que tratemos en particular de una de eſtas partes ſuſodichas, y primero de la preparacion, que es la primera de todas.

Pueſto en el lugar de oracion, de rodillas, en pie, ò en Cruz, ò poſtrado, ò ſentado, ſi de otra manera no pudiere eſtàr, hecha primero la ſeñal de la Cruz, recogerà ſu imagi-

nacion, y apartarla ha de todas las coſas deſta vida, y levantarà ſu entendimiẽto arriba, conſiderando que mira à nueſtro Señor; y eſtarà alli con aquella atencion, y reverencia, como que totalmente le tuvieſſe preſente, y con un general arrepentimiento de ſus pecados. Si es la oracion de la mañana, dirà la confeſſion general: y ſi es la oracion de la noche, examinarà ſu conciencia de todo lo que aquel dia ha penſado, hablado, y obrado, y oido, y del olvido que de nueſtro Señor

ha tenido: y doliendoſe de los defectos de aquel dia, y de todos los de la vida paſſada, y humillãdoſe delante de la Divina Mageſtad, ante quien eſtà, dirà aquellas palabras del Santo Patriarcha: Hablarè à mi Dios, aũque ſea polvo, y ceniza; y luego dirà aquellos verſos del Pſalmo: A ti te levantè mis ojos, que moras en los Cielos. Aſſi como los de los ſiervos eſtàn pueſtos en las manos de ſus ſeñores: y como los ojos de la ſierva en las manos de ſu ſeñora, aſſi eſtàn pueſtos nueſtros

ojos en nueſtro Señor, eſperãdo que aya miſericordia de noſotros.

Ten miſericordia de noſotros, Señor, ten miſericordia de noſotros. *Gloria Patri, &c.* Y porque no ſomos, Señor, poderoſos para penſar coſa buena de nueſtra parte, ſino que toda nueſtra ſuficiencia es Dios, ni nadie puede invocar dignamente el nombre de JESUS, ſino con favor del Eſpiritu Santo; por tãto, vèn, ò dulciſſimo Eſpiritu! y envia deſde el Cielo los rayos de tu luz. Vèn, ò Padre de los po-

bres! Vèn, ò dador de las lumbres! Vèn, ò lumbre de los corazones! Vèn, conſolador mui bueno, y dulce hueſped de nueſtra anima, y dulce refrigerio della! En el trabajo, ſu deſcãſo: en el ardor del Eſtio, la templãza: y en las lagrimas, ſu conſuelo. O luz beatiſſima! Hinche lo intimo del corazon de tus Fieles.

Verſ. *Emitte Spiritum. &c.*

Reſp. *Et renovabis.*

Oratio.

Deus, qui corda fidelium, &c.

Dicho eſto, ſuplicarà luego

luego à nueſtro Señor, que le dè gracia para que eſtè alli con aquella atencion, y devocion, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor, y reverencia que conviene para eſtàr con tan ſoberana Mageſtad, y que aſſi gaſte aquel tiempo de la oracion, que ſalga della con nuevas fuerzas, y aliento para todas las coſas de ſu ſervicio: porque la oracion que no pare luego eſte fruto, mui imperfecta es, y de mui baxo valor.

CAPITULO VII.

De la Leccion espiritual.

ACABADA la preparacion se sigue luego la leccion de lo que se ha de meditar en la oracion: la qual no ha de ser apresurada, ni de corrida, sino atenta, y sossegada, aplicãdo à ella, no solo el entendimiento para entender lo que suena, sino mucho mas la voluntad para gustar lo que se entiende. Y quãdo hallare algun passo devoto, detengase algo mas en èl, para mejor sen-

tirlo ; y no ſea mui larga la leccion, porque ſe dè mas tiempo à la meditacion , que es tãto de mayor provecho,quãto rumia,y penetra las coſas mas de eſpacio , y con mas afectos ; pero quando tuviere el corazon tã diſtraido , que no pueda entrar en la oracion , puedeſe detener algo mas en la leccion , ò juntar en uno la leccion con la meditacion , y leyendo un paſſo , ir meditãdo ſobre èl, y luego otro, y otro de la miſma manera , porque yendo deſta manera atado el entendi-

miento à las palabras de la leccion no tiene tãto lugar de derramarſe por diverſas partes, como quando và libre, y ſuelto. Aunque mejor ſeria pelear en deſechar los penſamientos, y perſeverar, y luchar, como otro Jacob, toda la noche en el trabajo de la oracion; porque al fin, acabada la batalla, ſe alcanza la victoria, dãdo nueſtro Señor la devocion, ò otra gracia mayor, la qual nũca ſe niega à los que firmemente pelean.

CAPITULO VIII.

De la Meditacion.

DESPUES de la leccion ſe ſigue la meditacion del paſſo que avemos leido: y eſta unas veces es de coſas que ſe pueden figurar con la imaginacion, como ſon todos los paſſos de la vida, y Paſſion de Chriſto, el juicio final, el infierno, el Paraìſo: otra es de coſas que pertenecen mas al entendimiento, que à la imaginacion, como es la conſideracion de los beneficios de Dios, de ſu bon-

dad, miſericordia, ò qualquiera otra de ſus perfecciones.

Eſta meditacion ſe llama intelectual, y la otra imaginaria; y de la una, y de la otra ſolemos uſar en eſtos exercicios, ſegũ que la materia de las coſas lo requiere. Y quãdo es la meditacion imaginaria, avemos de figurar cada coſa deſtas de la manera que ella es, ù de la manera que paſſaria, y hacer cuenta, que en el proprio lugar donde eſtamos, paſſa todo aquello en preſencia nueſtra, porque con eſta repreſenta-

cion de las cosas sea mas viva la consideracion, y sentimiento de ellas, y aun imaginar que passan estas cosas dentro de nuestro corazon, es mejor, que pues caben en èl Ciudades, y Reinos, mejor cabrà la representacion destos Mysterios, y ayudarà estó mucho para tener el anima recogida, ocupãdose dentro de sì misma, como abeja dentro de su corcho, en labrar sù panal de miel; porque ir con el pensamiento à Jerusalen à meditar las cosas que alli passaron en sus proprios luga-

res, es cosa que suele enflaquecer, y hacer daño à la cabeza, y por esta misma razon no debe el hombre hincar mucho la imaginacion en las cosas que piensa, por no fatigar con esta vehemente aprehension la naturaleza.

CAPITULO IX.

Del Hacimiento de gracias.

DESPUES de la meditacion se sigue luego el hacimiento de gracias: para lo qual se debe tomar ocasion de la meditacion passada, haciendo gracias à Dios

nueſtro Señor por el gran beneficio que en aquello nos hizo : como ſi la meditacion fue de la Paſſion, debe dàr gracias à nueſtro Señor porque nos reſtituyò con tantos trabajos : y ſi fue de los pecados, porque le eſperò tanto tiempo à penitencia, y ſi de las miſerias de la vida, por las muchas de que le ha librado: y ſi del paſſo de muerte, porque le librò de los peligros della, y eſperò à penitencia : y ſi de la gloria del Paraìſo, porque lo criò para tāto bien, y aſſi lo demàs.

Con eſtos beneficios jun-

tarà todos los otros de que arriba tratamos, que ſon el beneficio de la creacion, conſervacion, redempcion, vocacion, &c. aſſi darà gracias à nueſtro Señor, porque le hizo à ſu imagen, y ſemejanza, y le diò memoria para que ſe acordaſſe dèl, entendimiento para que le conocieſſe, voluntad para que le amaſſe: y porque le diò un Angel que le guardaſſe de tantos trabajos, y peligros, y de tantos pecados mortales, y de la muerte quando eſtaba en ellos, que no fue menos que li-

brarle de la muerte eterna: y porque tuvo por bien de tomar nueſtra naturaleza, y morir por noſotros: y porque le hizo nacer de padres Chriſtianos, y le diò el Sagrado Baptiſmo, y en èl le diò ſu gracia, y proveyò ſu gloria, y le recibiò por hijo adoptivo: porque le diò armas para pelear contra el demonio, el mundo, y la carne en el Sacramento de la Confirmacion: y porque le diò à sì miſmo en el Sacramento del Altar: y porque le diò el Sacramento de la Penitencia para tornar à cobrar

la gracia perdida por el pecado mortal: y por las muchas, y buenas inſpiraciones, que ſiempre le ha enviado, y envia: por el ayuda que le diò para orar, y bien obrar, y perſeverar en el bien comenzado. Y con eſtos beneficios junte todos los demàs beneficios generales, y particulares que conoce aver recibido de Dios nueſtro Señor, y por eſtos, y por todos los otros, aſſi publicos, como ſecretos, de todas quantas gracias pudiere, y convide à todas las criaturas, aſſi del Cielo, como de la tier-

ra, para que le ayuden à eſte oficio: y con eſte eſpiritu podrà decir (ſi quiere) aquel Cantico: *Benedicite, omnia opera Domini, Domino, laudate & ſuperexaltate, &c.* O el Pſalmo: *Benedic, anima mea, Domino, & omnia quæ intra me ſunt, nomini ſancto ejus. Benedic, anima mea, Domino, & noli oblivisci omnes retributiones ejus. Qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui ſanat omnes infirmitates tuas. Quam redimit de interitu vitam tuam, qui coronat te in miſericordia, & miſerationibus, &c.*

CAPITULO X.

Del Ofrecimiento.

DADAS de todo corazon al Señor las gracias, por todos eſtos beneficios: luego naturalmente prorũpa el corazon en aquel afecto del Propheta David, que dice: Què darè yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? A eſte deſeo ſatisface el hombre en alguna manera, dãdo y ofreciendo à Dios de ſu parte todo lo que tiene, y puede ofrecerle. Y para eſto, prime-

ramente debe ofrecerſe à sì miſmo por perpetuo eſclavo ſuyo, reſignãdoſe, y poniendoſe en ſus manos, para que haga dèl todo lo que quiſiere, en tiempo, y en eternidad, y ofrecer junţamente todas las palabras, obras, penſamientos, y trabajos, que es todo lo que hiciere, y padeciere, para que todo ſea à gloria, y honra de ſu ſanto nombre.

Lo ſegundo ofrezca al Padre meritos, y ſervicios de ſu Hijo Sãtiſſimo, y todos los trabajos que en eſte mundo, por ſu obedien-

cia padeciò, deſde el Peſebre haſta la Cruz, pues todos eſſos ſon hacienda nueſtra, y herencia que èl acà nos dexò en el Nuevo Teſtamento; por el qual nos hizo herederos de todo eſte tan grande teſoro. Y aſſi como no es menos mio lo dado de gracia, que lo adquirido por mi boca, aſſi no ſon menos mios los meritos, y el derecho que èl me diò, que ſi yo lo huviera ſudado, y trabajado por mi. Y por eſto, no menos puede ofrecer el hombre eſta ſegunda ofrenda, que la primera

recontado por ſu orden todos los ſervicios, y trabajos, y todas las virtudes de ſu vida ſantiſſima, ſu obediencia, ſu paciencia, ſu humildad, ſu fidelidad, ſu caridad, ſu miſericordia, con todas las demàs, porque eſta es la mas rica, y mas precioſa ofrenda, que le podemos ofrecer.

CAPITULO XI.

De la Penitencia.

OFRECIDA tan rica ofrenda, ſeguramente podemos pedir luego mercedes por ella. Y primera-

mente pidamos con grande afecto de caridad, y con zelo de la honra de nueſtro Señor, que todas las gentes, y naciones del mundo le conozcan, alaben, y adoren, como à ſu unico, verdadero Dios, y Señor, diciendo de lo intimo de nueſtro corazon aquellas palabras del Propheta: Confieſſente los Pueblos, Señor, confieſſente los Pueblos.

Roguemos tambien por las Cabezas de la Igleſia, como ſon: Papas, Cardenales, Obiſpos, con todos los otros Miniſtros, y

Prelados inferiores, para que el Señor los rixa, y alumbre, de tal manera, que ſe lleguen todos los hombres al conocimiento de obediencia de ſu Criador. Y aſſimiſmo debemos rogar, como lo aconſeja S. Pablo, por los Reyes, y por todos los que eſtàn conſtituidos en dignidad, para que mediante ſu prudencia, vivamos vida quieta, y repoſada; porque eſto es acepto delante de Dios nueſtro Salvador, el qual quiere que todos los hombres ſe ſalven, y vengan al conocimiento

de la verdad. Roguemos tambien por todos los miembros de ſu cuerpo myſtico, por los Juſtos, que el Señor los conſerve: por los pecadores, que los convierta: por los difuntos, que los ſaque miſericordioſamente de tantos trabajos, y los lleve al deſcanſo de la vida perdurable.

Roguemos tambien por todos los pobres enfermos, encarcelados, captivos, &c. que Dios por los meritos de ſu Hijo los ayude, y libre de mal.

Y deſpues de aver pedido

para nueſtros proximos, pidamos luego para noſotros. Y què ſerà lo que le avemos de pedir? Su miſma neceſſidad lo enſeñarà à cada uno, ſi bien ſe conociere. Mas para mayor facilidad deſta doctrina, podemos pedir las mercedes ſiguientes.

Primeramente pidamos por los meritos, y trabajos deſte Señor, perdon de todos nueſtros pecados, y emienda dellos; y eſpecialmente pidamos favor contra todas aquellas paſſiones, y vicios, à que ſomos mas inclinados, y mas

tentados, descubriendo todas estas llagas à aquel Medico Celestial, para que èl las lave, y las cure con la uncion de su gracia.

Lo segundo, pidamos aquellas altissimas, y nobilissimas virtudes, en que consiste la summa de toda la perfeccion Christiana, que son: Fè, Esperanza, Amor, Temor, Humildad, Paciencia, Obediencia, Fortaleza para todo trabajo. Pobreza de espiritu, menosprecio del mundo, discrecion, pureza de intencion, con otras semejantes virtudes que estàn

en la cumbre deſte eſpiritual edificio; porque la Fè es la primera raiz de toda la Criſtiandad. La Eſperanza es el baculo, y remedio contra las tentaciones deſta vida. La Caridad es el fin de toda la perfeccion Chriſtiana. El Temor de Dios es principio de la verdadera ſabiduria. La Humildad es el fũdamento de todas las virtudes. La Paciencia es armadura contra todos los golpes, y encuentros del enemigo. La Obediencia es una mui agradable ofrenda, donde el hombre ſe ofrece à ũ

miſmo à Dios en el ſacrificio. La Diſcrecion es los ojos con que el alma vè, y anda todos ſus caminos. Y la Fortaleza, los brazos con que hace todas ſus obras. Y la pureza de intencion, la que rige, y endereza todas nueſtras obras à Dios.

Lo tercero, pidamos luego las otras virtudes, que demàs de ſer eſtas de ſuyo mui principales, ſirven para la guarda de eſſas mayores, como ſon la Templanza en comer, y beber, la moderacion en la lengua, la guarda de los ſentidos

ſentidos, la meſura, y compoſicion del hombre exterior, la ſuavidad, y buen exemplo para con los proximos, el rigor, y aſpereza para conſigo, con otras muchas virtudes ſemejantes.

Deſpues deſto acabe con la peticion del amor de Dios, y en ella ſe detenga, y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor eſta virtud con entrañables afectos, y deſeos (pues en ella conſiſte todo nueſtro bien) y podrà decir aſſi.

Peticion eſpiritual del amor de Dios.

SOBRE todas eſtas virtudes, dame Señor, gracia para que te ame yo con todo mi corazon, con toda mi anima, con todas mis fuerzas, y con todas mis entrañas, aſſi como tu lo mandas. O toda mi eſperanza, toda mi gloria, todo mi refugio, y alegria! O el mas amado de los amados! O Eſpoſo florido, Eſpoſo ſuave, Eſpoſo meliſſuo! O dulzura de mi corazon! O vida de mi anima, y deſcanſo alegre

de mi eſpiritu ! O hermoſo, y claro dia de la eternidad, y ſerena luz de mis entrañas, y Paraìſo florido de mi corazon! O amable principio, y ſumma ſuficiencia mia!

Apareja, Dios mio, apareja Señor, una agradable morada para ti en mi, para que ſegun la promeſſa de tu Santa palabra, vengas à mi, y repoſes en mi. Mortifica en mi todo lo que agrade à mis ojos, y hazme hombre ſegun tu corazon. Hiere, Señor, lo mas intimo de mi anima con las ſaetas de tu amor,

y embriagala con el vino de tu perfecta caridad. O! quando ſerà eſto? Quando te agradarè en todas las coſas? Quando eſtarà muerto todo lo que ay contrario à ti en mi? Quando ſerè del todo tuyo? Quando dexarè de ſer mio? Quando ninguna coſa, fuera de ti, vivirà en mi? Quando ardentiſſimamente te amarè? Quando me abraſſarà toda la llama de tu amor? Quando eſtarè todo derretido, y traſpaſſado con tu eficaciſſima ſuavidad? Quando abriràs à eſte pobre mendigo, y

les deſcubriràs el hermoſiſſimo Reino tuyo, que eſtà dentro de mi, el qual eres tu con todas tus riquezas?

Quando me arrebataràs, anegaràs, tranſportaràs, y eſconderàs en ti, donde nunca mas perezca?

Quando (quitados todos los impedimentos, y eſtorvos) me haràs un eſpiritu contigo, para que nũca ya me pueda apartar de ti?

O amado, amado, amado de toda mi anima! Dulzura, dulzura de mi corazon! oyeme, Señor, no por mis merecimientos,

ſino por tu infinita bondad. Enſeñame, alumbrame, enderezame, y ayudame en todas las coſas, para que ninguna coſa haga, ſino lo que fuere à tus ojos agradable.

O Dios mio! amado mio! entrañas mias! bien de mi anima! amor mio dulce! O deleite mio grande! ô fortaleza mia! valedme luz mia, y guiadme ſiempre.

O Dios de mis entrañas! por què no te dàs al pobre? Hincheles los Cielos, y la tierra, y mi corazon dexas vacio? Pues viſtes los

lirios del campo, y guiſas del comer à las Avecillas, y mantienes los guſanos; por què te olvidas de mi, pues à todos olvido por ti? Tarde te conoci, bondad infinita. Tarde te amè, hermoſura tã ãtigua, y tan nueva. Triſte del tiempo que no te amè, triſte de mi, pues no te conoci. Ciego de mi, que no te veia. Eſtabas dẽtro de mi, y yo andaba à buſcarte por defuera. Pues aũque te hallè tarde, no permitas, Señor, por tu Divina clemencia, que jamàs te dexe.

Y porque una de las cosas que mas te agrada, y mas hiere tu corazon, es tener ojos para saberte mirar; dame, Señor, essos ojos, con que te mire: conviene à saber, ojos de paloma, sencillos: ojos castos, y vergonzosos: ojos humildes, y amorosos: ojos devotos, y llorosos: ojos atentos, y discretos para entender tu voluntad, y cumplirla, y para que mirandote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos con que miraste à San Pedro quãdo le hiciste llorar su pecado. Con aquel

los ojos con que miraſte al hijo Prodigo, quãdo le ſaliſte à recibir, y le diſte beſo de paz. Con aquellos ojos con que miraſte al Publicano, quãdo èl no oſava alzar los ojos al Cielo. Con aquellos ojos con que miraſte à la Magdalena, quando ella lavò tus pies con lagrimas de los ſuyos. Y finalmente aquellos ojos con que miraſte à la Eſpoſa en los Cantares, quãdo le dixiſte: Hermoſa eres, amiga mia, hermoſa eres, tus ojos ſon de Paloma, para que agradãdote de los ojos, y hermoſura de mi a-

nima, les dès aquellos arreos de virtudes, y gracias, con que ſiempre te parezca hermoſa.

O Altiſſima, Clementiſſima, y Benigniſſima Trinidad, Padre, Hijo, y Eſpiritu Santo, un ſolo Dios Verdadero! Enſeñame, enſeñame, enderezame, y ayudame, Señor, en todo. O Padre todo poderoſo! Por la grãdeza de tu infinito poder, affienta, y confirma mi memoria en ti, è hinchela de Sãtos, y devotos penſamientos. O Hijo Santiſſimo, por la eterna ſabiduria tuya, clarifica mi

entendimiento, y adornalo con el conocimiento de la ſumma verdad, y de mi eſtremada vileza! O Eſpiritu Sãto! amor del Padre, y del Hijo: por tã incomprehenſible bondad, traſpaſſa en toda tu voluntad, y enciende la con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas lo puedan apagar! O Trinidad Sagrada, unico Dios mio, y todo mi bien! O ſi pudieſſe yo alabarte, y amarte, como te alaban, y aman todos los Angeles! O ſi tuvieſſe yo el amor de todas las criaturas, quan

de buena gana te le daria, y traſpaſſaria en ti, aunque ni eſte baſtaria para amarte como tu mereces! Tu ſolo te puedes dignamente amar, y dignamente alabar; porque tu ſolo comprehendes tu incomprehenſible bondad, y aſſi tu ſolo puedes amar quanto ella merece, de manera, que en ſolo eſſe Diviniſſimo Pecho guarde juſticia de amor.

O Maria, Maria, Maria, Virgen Santiſſima, Madre de Dios, Reina del Cielo, Señora del mundo, Sagrario del Eſpiritu San-

to ! Lirio de Pureza, Roſa de paciencia , Paraìſo de todos los deleites ! Eſpejo de perfectiſſima caſtidad , Dechado de inocencia , ruega por eſte pobre deſterrado , y peregrino , y parte con èl de las obras de tu abundantiſſima caridad. O voſotros bienaventurados Eſpiritus, que aſſi ardeis en el amor de vueſtro Criador ; y ſeñaladamente voſotros Serafines , que abraſſais los Cielos , y la tierra con vueſtro amor ! no deſampareis eſte pobre, y miſerable corazon , ſino lim-

piadlo como los labios de Iſaias, de todos ſus pecados, y abraſſadlo con las llamas de eſſe vueſtro ardentiſſimo amor, para que ſolo à eſte Señor, à èl ſolo buſque, en èl ſolo repoſe, y more en los ſiglos de los ſiglos. Amen.

CAPITULO XII.

De algunos Aviſos que ſe deben tener en eſte ſanto exercicio.

TODO lo que haſta aqui ſe ha dicho, ſirve para dar materia de conſideracion, que es una de las principa-

les partes deſte negocio ; porque la menor parte de la gente tiene ſuficiente màteria de conſideracion, y aſſi por falta de ella, faltan muchos en eſte exercio. Aora dirèmos ſummariamente la materia, y forma que en eſto ſe podrà tener. Y aunque deſta materia el principal Maeſtro ſea el Eſpiritu Santo ; pero todavia la experiencia nos ha moſtrado ſer neceſſarios algunos aviſos en eſta parte ; porque el camino para ir à Dios, es arduo, y tiene neceſſidad de guia, en la qual muchos

andan mucho tiempo deſcaminados.

Primero Aviso.

Sea, pues, el primer aviſo eſte, que quando nos puſieremos à conſiderar alguna coſa de las ſuſodichas en ſus tiempos, y exercicios determinados, no debemos eſtar tan atados à ella, que tengamos por mal hecho ſalir de aquella otra, quando hallaremos en ella mas devocion, mas guſto, ò mas provecho: porque como en fin todo ſea devocion, lo que mas ſirviere para eſ-

te fin, ſe ha de tener por lo mejor; aunque eſto no ſe debe hacer por livianas cauſas, ſino con ventajas conocida. Aſſimiſmo ſi en algun paſſo de ſu oracion, ò meditacion, ſintiere mas guſto, ò mas devocion que en otro, detengaſe en èl todo el eſpacio que le durare eſte afecto, aũque todo el tiempo del recogimiento ſe le vaya en eſto: porque como el fin de todo eſto ſea la devocion (como diximos) yerro ſeria buſcar en otra parte con eſperanza dudoſa lo que ya tenemos.

Segundo Aviso.

Sea el ſegundo, que trabaje el hombre por excuſar en eſte exercicio la demaſiada eſpeculacion del entendimiento, y procure de tratar eſte negocio mas con afecto, y ſentimiento de la verdad, que con diſcurſos, y eſpeculaciones del entendimiento, porque ſin duda no aciertan eſte camino los que de tal manera ſe ponen en la oracion à meditar los Myſterios Divinos, como ſi los eſtudiaſſen para predicar: lo qual mas es derra-

mar el eſpiritu, que recogerlo, y andar mas fuera de sì: de donde nace, que acabada ſu oracion, ſe queden ſecos, y ſin jugo de devocion, y tan faciles, y ligeros para qualquiera liviandad como lo eſtaban antes; porque en hecho de verdad, los tales no han orado, ſino parlado, y eſtudiado, que es un negocio bien diferente de la oracion. Debrian los tales conſiderar, que en eſte exercicio mas nos llegamos à eſcuchar, que à parlar. Pues para acertar en eſte negocio,

llegueſe el hombre con corazon de una viejecita ignorante, y humilde, y mas con voluntad diſpueſta, y aparejada para ſaber aficionarle à las coſas de Dios nueſtro Señor, que con entendimiento deſpavilado, y atento para eſcrudiñarlas; porque eſto es proprio de los que eſtudian para ſaber, y leer, y no de los que oran, y pienſan en Dios para llorar.

Tercero Aviso.

EL aviſo paſſado nos enſeña como debemos ſoſſe-

gar el entendimiento, y entregar todo eſte negocio à la voluntad: mas el preſente pone tambien ſu taſſa, y medida à la miſma voluntad, para que no ſea demaſiada, ni vehemente en ſu exercicio. Para lo qual es de ſaber, que la devocion que pretendemos alcanzar, no es coſa que ſe ha de alcanzar à fuerza de brazos (como algunos pienſan) los quales con demaſiados ahincos, y triſtezas forzadas, y como hechizas, procuran alcanzar lagrimas, y compaſſion del Salvador, porque eſto

ſuele ſecar mas el corazon, y hacerle mas inhabil para la viſion del Señor, como enſeña Caſiano.

Y demàs deſto, ſuelen eſtas coſas hacer daño à la ſalud corporal, y à veces dexa el animo tan atemorizado con el ſinſabor que alli recibiò, que teme tornar otra vez al exercicio como coſa que experimentò averla dado mucha pena. Contenteſe, pues, el hombre con hacer buenamente lo que es de ſu parte, que es hallarſe preſente à lo que el Señor padeciò mirando con una viſta ſen-

illa, y ſoſſegada, y con un corazon tierno, y compaſſivo, y aparejado para qualquier ſentimiento que el Señor le quiſiere dàr, lo que por èl padeciò, mas diſpueſto para recibir el afecto que ſu miſericordia le diere, que para exprimirlo à fuerza de brazos. Y eſto hecho, no le acongoxe por lo demàs, quando no fuere dado.

Quarto Aviso.

De todo lo ſuſodicho podrèmos colegir, qual ſea materia de atencion que debemos tener en la

oracion: porque aqui principalmente conviene tener el corazon, no caido, ni floxo, ſino vivo, y atento, y levantado à lo alto. Mas aſſi como es neceſſario eſtàr aqui con eſta atencion, y recogimiẽto de corazon, aſſi por otra parte conviene que eſta atencion ſea templada, y moderada, porque no ſea daño à la ſalud, ni impida à la devocion, porque algunos ay quė fatigã la cabeza con la demaſiada fuerza que ponen, por eſtàr atentos à lo que pienſan (como ya diximos.) Y otros ay, que por huir

huir deſte inconveniente, eſtàn alli mui flacos, y remiſos, y mui faciles para ſer llevados de todos vientos. Para huir de eſtos eſtremos, conviene llevar tal medio, qui ni con la demaſiada atencion fatiguemos la cabeza, ni con el mucho deſcuido, y mucha floxedad dexemos andar vagueãdo el penſamiento por do quiſiere. De manera, que aſſi como ſolemos decir al que và ſobre una beſtia malicioſa, que lleve la riẽda tieſſa, conviene à ſaber, ni mui apretada, ni mui floxa, porque ni vuel-

va atras, ni camine con peligro; assi debemos procurar, que vaya nuestra atencion moderada, y no forzada, con cuidado, y no con fatigas congoxosas.

Mas particularmẽte conviene avisar, que al principio de la meditacion no fatiguemos la cabeza con demasiada atencion, porque quando esto se hace, suelen faltar para adelante las fuerzas como faltan al caminãte quando al principio de la jornada se dà mucha prissa à caminar.

Quinto Aviso.

MAs entre todos eſtos aviſos, el principal ſea, que no deſmaye el que ora, ni deſiſta de ſu exercicio, quãdo no ſiente luego aquella blandura de devocion, que èl deſea. Neceſſario es con longanimidad, y perſeverancia, eſperar la venida del Señor, porque à la gloria de la Mageſtad, y à la baxeza de nueſtra condicion, y la grandeza de el negocio que tratamos, pertenece que eſtemos muchas veces eſperãdo, y aguardando à las

puertas de ſu Palacio ſagrado.

Pues quando deſta manera ayas aguardado un poco de tiempo, ſi el Señor viniere, dale gracias por ſu venida; y ſi te pareciere que no viene, humillate delante dèl, y conoce, que no mereces lo que no te dieron, y contentate con aver alli hecho ſacrificio de ti miſmo, y negado tu propria voluntad, crucificado tu apetito, y luchado con el demonio, y contigo miſmo, y hecho à lo menos eſſo que era de tu parte; y ſino adoraſte al

Señor con la adoracion ſenſible que deſeabas, haſta que lo adoraſte en eſpiritu, y en verdad, como èl quiere ſer adorado. Y creeme cierto, que eſte es el paſſo mas peligroſo deſta navegacion y el lugar donde ſe prueban los verdaderos devotos: y ſi deſto ſales bien, en todo lo demàs te irà proſperamente.

Finalmente, ſi todavia te pareciеſſe que era tiempo perdido perſeverar en la oracion, y fatigar la cabeza ſin provecho, en tal caſo no tendria por inconve-

niente, que deſpues de aver hecho lo que es en ti, tomaſſes algun libro devoto, y trocaſſes por entonces la oracion por la leccion, con tanto que el leer fueſſe no corrido, ni apreſurado, ſino repoſado, y con mucho ſentimiento de lo que vàs leyendo, mezclando muchas veces en ſus lugares la oracion con la leccion, lo qual es coſa mui provechoſa, y mui facil de hacer à todo genero de perſonas, aunque ſean mui rudas, y principiantes en eſte camino.

Sexto Aviso.

UNo es diferente documento del paſſado, ni menos neceſſario aviſar, que el ſiervo de Dios no ſe contente con qualquier guſtillo que halla en la oracion, como hacen algunos, que en derramando una lagrimilla, no ſintiendo alguna ternura de corazon, pienſan que han ya cumplido con ſu exercicio. Eſto no baſta para lo que aqui pretendemos: porque aſſi como no baſta para que la tierra fructifique un pequeño rocio de agua,

que no hace mas de matar el polvo, y mojar la tierra por defuera, ſino que es meneſter tanta agua, que cale haſta lo intimo de la tierra, y la dexe hartar de agua; para que pueda fructificar, aſſi tambien es acà neceſſaria la abũdancia deſte rocio, y agua Celeſtial, para dàr fruto de buenas obras. Pues por eſto con mucha razon ſe aconſeja, que tomemos para eſte ſanto exercicio el mas largo eſpacio que pudieremos; y mejor ſeria un rato largo, que dos cortos, porque ſi el eſpacio es breve, todo

èl ſe gaſta en ſoſſegar la imaginacion, y quietar el corazon, y deſpues de ya quieto, levantamonos del exercicio, quando le huvieramos de comenzar.

Y deſcendiendo mas en particular à imitar eſte tiempo, pareceme, que todo lo que es menos de hora, y media, ù dos horas, es corto plazo para la oracion: porque muchas veces ſe paſſa mas que media hora en templar la vihuela, y en quietar (como dixe) la imaginacion, y todo el otro eſpacio es meneſter para gozar del

fruto de la oracion. Verdad es, que quando eſte exercicio ſe tiene deſpues de algunos otros ſantos exercicios, como es deſpues de Maytines, ò deſpues de aver oido, ò dicho Miſſa, ù deſpues de alguna devota leccion, ù oracion vocal, mas diſpueſto ſe halla el corazon para eſte negocio; y aſſi como en la leña ſeca mui mas preſto ſe enciende: eſte fuego Celeſtial tambien el tiempo de la madrugada ſufre corto, porque es el mas aparejado de quantos ay para eſte ofi-

cio. Mas el que fuere pobre de tiempo, por ſus muchas ocupaciones, no dexe de ofrecer ſu cornadillo con la pobre viuda en el Templo: porque ſi ello no queda por ſu negligencia, aquel que todas las criaturas provee conforme à ſu neceſſidad, y naturaleza proveerà à el tambien, ſegun la ſuya.

Septimo Aviso.

Conforme à eſte documento ſe dà otro ſemejante à èl, y es, que quando el anima fuere viſitada en la oracion, ò fuera della

con alguna particular visitacion del Señor, que no la dexe passar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasion que se le ofrece; porque es cierto, que con este viento navegarà el hombre mas en una hora, que sin èl en mui muchos dias.

Assi se dice que lo hacia S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura, que era tan particular el cuidado, que en esto tenia, que si andando camino le visitaba nuestro Señor con alguna particular visitacion, hacia ir delan-

te los compañeros, y èl eſtabaſe quedo haſta acabar de rumiar, y digerir aquel bocado que le venia del Cielo. Los que aſſi no lo hacen, ſuelen comunmente ſer caſtigados con eſta pena, que no hallan à Dios quando le buſcan, pues quando èl los buſcaba, no los hallaba.

Octavo Aviso.

El ultimo, y mas principal aviſo ſea, que procuremos en eſte ſanto exercicio de juntar en uno la meditacion con la contemplacion, haciendo de una

ſcalon para ſubir à la o-
ra. Para lo qual es de ſa-
ber, que el oficio de la
neditacion, es conſiderar
con eſtudio, y atencion
as coſas Divinas, diſcur-
iendo de unas en otras,
ara mover nueſtro cora-
on à algun afecto, y ſen-
miento dellas, que es co-
o quien hiere un perder-
l para ſacar alguna cen-
la dèl. Mas la contem-
cion es aver ya ſacado
centella, quiero de-
aver ya hallado eſte
to, y ſentimiento que
ıſcaba, y eſtàr con re-
, y ſilencio gozando

dèl, ò con muchos diſcurſos, y eſpeculaciones del entendimiento, ſino con una ſimple viſta de la verdad: por lo qual dice un Santo Doctor, que la meditacion diſcurre con trabajo, y con fruto; mas la contemplacion ſin trabajo, y con fruto; à una buſca, à otra halla; una rumia el manjar, la otra lo guſta; la una diſcurre, y hace conſideraciones, la otra ſe contenta con la ſimple viſta de las coſas, porque tiene ya el amor, y guſto dellas; finalmente, la una es como medio, la otra

como fin; una como camino, y monumento, y la otra como termino deſte camino, y monumento.

De aqui ſe infiere una coſa mui comun, que enſeñan todos los Maeſtros de la vida eſpiritual (aunque poco entendida de los que la leen) conviene à ſaber, que aſſi como alcanzado el fin, ceſſan los medios, como tomado el puerto, ceſſa la navegacion: y aſſi, quando el hombre, mediante el trabajo de la meditacion, llegàre al repoſo, y guſto de la contemplacion, debe por enton-

ces ceſſar de aquella piadoſa, y trabajoſa inquiſicion. Y contento con una ſimple viſta, y memoria de Dios (como ſi lo tuvieſſe preſente) gozar de aquel afecto que ſe le dà, ora ſea de amor, ora de admiracion, ù de alegria, ò coſa ſemejante. La razon porque eſto ſe aconſeja, es, porque como el fin de todo eſte negocio conſiſte mas en el amor, y afectos de la voluntad, eſtà preſſa, tomada deſte afecto; debemos eſcuſar todos los diſcurſos, y eſpeculaciones del entendimiento, en

quanto nos ſea poſſible, para que nueſtra anima con todas ſus fuerzas ſe emplee en eſto, ſin derramarſe por los actos de otras potencias. Y por eſto aconſejaba un Doctor, que aſſi como el hombre ſe ſintiere inflamar del amor de Dios, debe luego decir todos eſtos diſcurſos, y penſamientos (por mui altos que parezcan) no porque ſean malos, ſino porque entonces ſon impeditivos de otro bien mayor, que no es otra coſa mas que ceſſar el movimiento, llegado el termino, y decir

la meditacion por amor de la contemplacion. Lo qual ſeñaladamente ſe puede hacer al fin de todo el exercicio, que es deſpues de la peticion del amor de Dios, de que arriba tratamos: lo uno, porque ſe preſume ya entonces, que el trabajo del exercicio paſſado, avrà partido algun afecto, y ſentimiento de Dios, pues (como dice el Sabio) mas vale el fin de la oracion, que el principio, y lo otro, porque deſpues del trabajo de la meditacion, y oracion, es razon que el hombre dè ũ

poco de huelgo al entendimiento, y le dexe repoſar en los brazos de la contemplacion. Pues en eſte tiempo deſecha el hombre todas las imaginaciones que ſe le ofrecieren, acalla el entendimiento, quiete la memoria, y fixela en nueſtro Señor, conſiderando, que eſtà en ſu preſencia, no eſpeculando por entonces coſas particulares de Dios. Contenteſe con el conocimiento que dèl tiene por fee, y aplique la voluntad, y el amor, pues eſto ſolo le abraza, y en èl eſtà el fru-

to de toda la meditacion, y el entendimiento: es casi nada lo que de Dios puede conocer, y puedele mucho amar. Encierraſe dentro de sì entonces en el centro de ſu anima, donde eſtà la imagen de Dios, y alli eſtà atento à èl, como quien eſcucha al que habla de alguna torre alta, ò como ſi le tuvieſſe dentro de ſu corazon, y como que en todo lo criado no huvieſſe otra coſa ſino ſolo ella, ò ſolo èl: y aun de sì miſma, y de lo que hace ſe havia de olvidar, porque (como decia uno de

aquellos Padres) aquella es perfecta oracion, donde el que eſtà orando, no ſe acuerda que eſtà orando. Y no ſolo al pie del exercicio, ſino tambien al medio, y en qualquiera otra parte que nos tomàre eſte ſueño eſpiritual, quando eſtà adormecido en el entendimiento de la voluntad, debemos hacer eſta pauſa, y gozar deſte beneficio, y volver à nueſtro trabajo, acabado de digerir aquel bocado, aſſi como ſuele hacer el hortelano quando riega una hera, que deſpues de llena de

agua, detiene el hilo de la corriente, y dexa empapar, y difũdirſe por las entrañas de la tierra ſeca que ha recibido: y eſto hecho, torna à ſoltar el hilo de la fuente, para que aun reciban mas, y mas, y quede mejor regada. Mas lo que entonces el alma ſiente lo que goza la luz, y la hartura, y la caridad, y paz que recibe, no lo puede explicar con palabras, pues aqui eſtà la paz, que excede à todo ſentido, y la felicidad que en eſta vida ſe puede alcanzar.

Algunos ay tan tomados

del amor de Dios, que apenas han comenzado à penſar en èl, quando luego la memoria de ſu dulce nombre les derrite las entrañas: los quales tienen tan poca neceſſidad de diſcurſos, y conſideraciones para amarle, como la madre, ò la eſpoſa para regalarſe con la memoria de ſu hijo, ò eſpoſo, quando le hablan dèl: y otros, que no ſolo en el exercicio de la oracion, ſino fuera dèl, andan tan abſortos, y tan empapados en Dios, que de todas las coſas, y de sì miſmos, ſe olvidan por èl;

él; porque si esto puede muchas veces el amor furioso de un perdido, quanto mas lo podrà el amor de aquella infinita hermosura: pues no es menos poderosa la gracia, que la naturaleza, y que la culpa. Pues quando esto el anima sintiere en qualquier parte de la oracion, que lo sienta, en ninguna manera lo debe declarar, aunque todo el tiempo del exercicio se passe en esto sin rezar, ni meditar otra cosa, sino fuesse de obligacion; porque assi como dice S. Augustin, que se ha de decir

la oracion vocal, quando alguna vez fuesse impedimento de la devocion, assi tambien se dice dexar la meditacion, quando fuesse impedimento de la contemplacion.

Donde tambien es mucho de notar que assi como nos conviene dexar la meditacion por la afeccion para subir de menos à mas, assi por el contrario à veces convendrà dexar la afeccion por la meditacion, quãdo la afeccion fuesse tã vehemente, que se temiesse peligro à la salud, perseverando en ella, como mu-

chas veces, acaece à los que ſin eſte aviſo ſe dàn à eſtos exercicios, y los toman ſin diſcrecion, atraidos con la fuerza de la Divina ſuavidad. Y en tal caſo como eſte (dice un Doctor) que es buen remedio ſalir à algun afecto de compaſſion, meditando un poco en la Paſſion de Chriſto, ò en los pecados, y miſerias del mundo, para aliviar, y deſahogar el corazon.

Fin del primero Tomo.